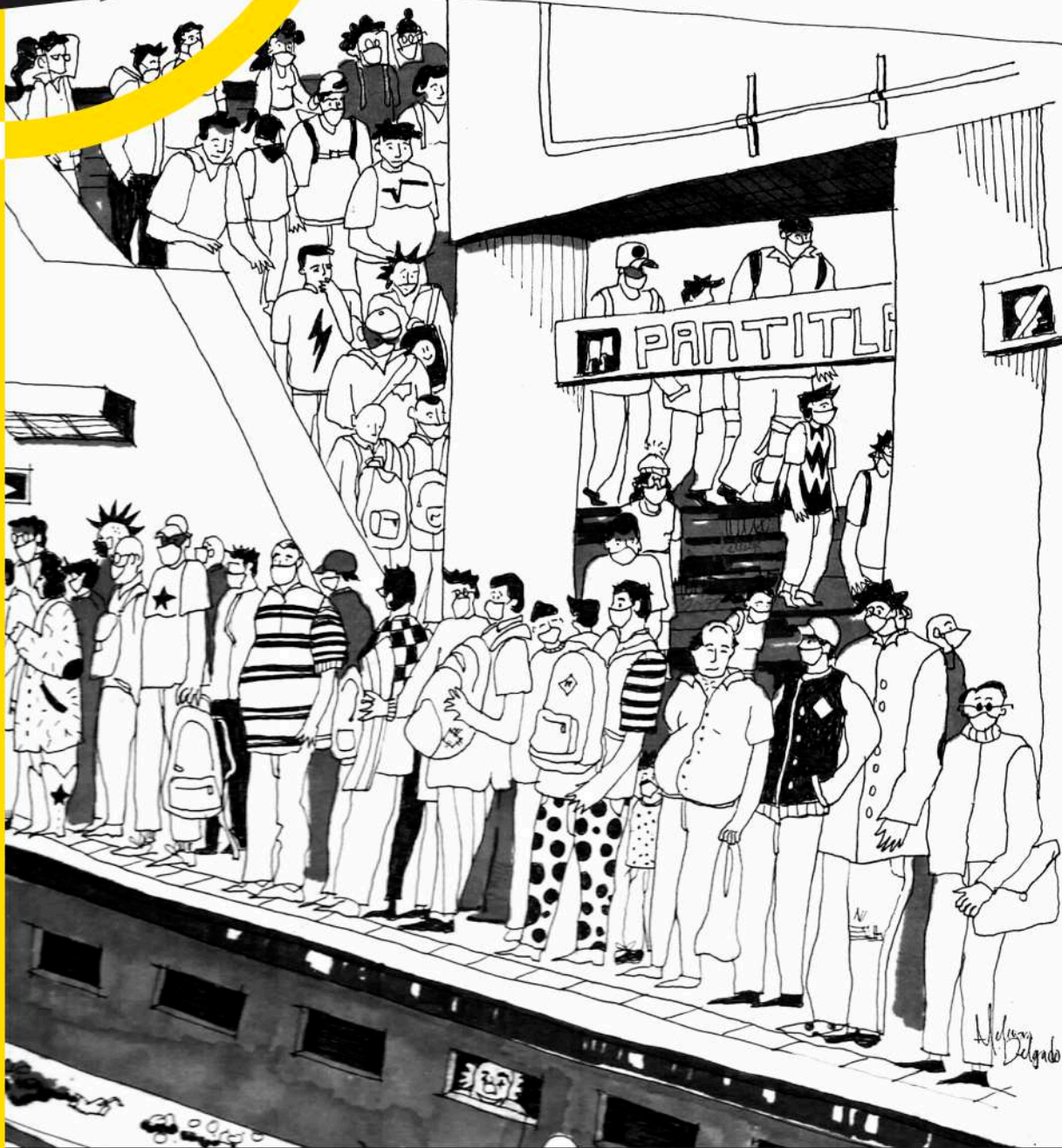



punto de partida

No. 233
ISSN: 0188 - 381X

LA REVISTA DE LOS ESTUDIANTES UNIVERSITARIOS

EFFECTOS COLATERALES





punto
de partida

No. 233

LA REVISTA DE LOS ESTUDIANTES UNIVERSITARIOS

UNIVERSIDAD NACIONAL
AUTÓNOMA DE MÉXICO

Enrique Graue Wiechers
Rector

Rosa Beltrán
Coordinadora de Difusión Cultural

Anel Pérez Martínez
**Directora de Literatura
y Fomento a la Lectura**

PUNTO DE PARTIDA

Dirección: Carmina Estrada
Edición: Aranzazú Blázquez Menes
Redacción: Fabián Espejel
Diseño y dirección de arte: Jonathan Guzmán
Difusión: Axel Alonso
Impresión en offset: Litográfica Ingramex,
S.A. de C.V. Centeno 162-1,
Col. Granjas Esmeralda, Ciudad
de México, 09810.




Punto de partida, Dirección de Literatura y
Fomento a la Lectura, Zona Administrativa
Exterior, Edificio C, primer piso, Ciudad
Universitaria, Coyoacán, Ciudad de México,
04510.

www.puntodepartida.unam.mx
www.puntoenlinea.unam.mx
Tel.: 56 22 62 01

Dirigir correspondencia y colaboraciones a
puntodepartidaunam@gmail.com

La responsabilidad de los textos publicados en **Punto de partida** recae exclusivamente en sus
autores, y su contenido no refleja necesariamente el criterio de la institución.

Punto de partida es una publicación bimestral fundada en 1966, editada por la Dirección
de Literatura y Fomento a la Lectura de la Coordinación de Difusión Cultural de la Universidad
Nacional Autónoma de México. Insurgentes Sur 3000, Ciudad Universitaria, 04510. ISSN:
0188-381X. Certificado de licitud de título: 5851. Certificado de licitud de contenido: 4524.
Reserva de derechos: 04-2002-032014425200-102.

 @Puntodepartidaunam
 @P_departidaunam
 @puntodepartida_unam

Tiraje: 1000 ejemplares en papel
cultural de 90 gramos, forros en cartulina
Loop Antique Vellum de 216 gramos.

MAYO — JUNIO

EDITORIAL

EFFECTOS
COLATERALES

CARRUSEL

FÓSFORO

TINTA SUELTA

Editorial 5

Una vida que se parece a otra vida. Jimena Maralda 8
Después de la ausencia. Ángel Carrillo Hernández 13
Maternar en soledad. Asunción Cabrera Castellanos 14
*Lágrimas en tres actos o las consecuencias
de amar.* Silvia Santaolalla 18
Vacío. Brenda Cristina Moreno Rosas 23
Cosas que pienso antes de dormir. Xury 26
Por favor, no salga de su casa. Elizabeth C. Lara 28
Monumento. Sergio López Monterrubio 31
Afuera del pozo quedan sus ecos. Kevin Aragón 36
Mercado bursátil. Manlio D. M. A. 42
El regreso. Marisol Nava 44

Pájaros. Joaquín Filio 50
Rocío González: la fractura del instante
Perla Muñoz Cruz 51
*Fernanda Trías: En el encierro hay que enfrentar a
los demonios personales.* Uriel de Jesús Santiago Velasco 55
Deja que Polifónica te llene de voces la cabeza
Claudia Santos 60

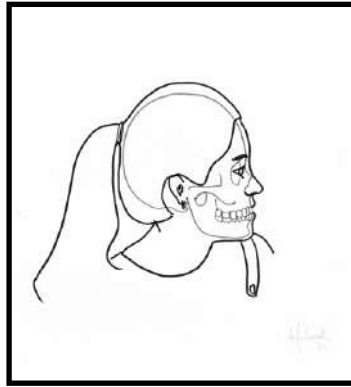
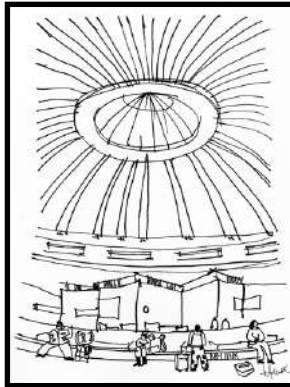
*Pobo 'Tzu': Noche blanca o sobre cómo funciona
la tierra.* Óscar Daniel Badillo Pérez 64
La comunicación imposible. Luis Eduardo Pérez López 67
La oscuridad detrás de Pobo 'Tzu'. Natalia Santoyo Espino 70
Pequeñas erupciones diarias. Rosalina Estrada Medina 74

Desde la ventana. Darío Cortizo 77

Colaboradores 81



Melissa Delgado (Ciudad de México, 1996). Arquitecta por la UNAM. Con interés en el espacio público y su habitabilidad, sus usuarios y actividades, emplea la fotografía e ilustración como herramienta de relato y observación.



CONTRAPORTADA



© Claudia Lagunas

Yola Reyes (Ciudad de México, 1987). Estudiante de Arte y Comunicación Digitales en la UAM Lerma. Ha participado en publicaciones de la JAPEM, del CICEM y del Ayuntamiento de Metepec. Colabora con Aleph Multimedia y es parte del colectivo #UnoMás.

yoladaisuke

Yola Reyes - Fotografía

Editorial

Hay temporadas en las que ciertas palabras nos invaden hasta instalarse en nuestro vocabulario más inmediato y con significados que antes pasaban desapercibidos. En estos últimos meses ha disminuido la presencia de algunas como *pruebas*, *positivo*, *oxígeno*, *emergencia*, *saturación*, y con ellas también se ha ido desvaneciendo la sensación de alarma. Poco a poco comienzan a asomarse otras: *retorno*, *presencial*, *reencuentro*... *tráfico*. Y a pesar de la velocidad con la que estamos retomando lo que antes era sólo la vida y no la normalidad, hay otro ritmo interno y más pausado en el que seguimos haciendo el recuento de los daños. Por eso, antes de que el regreso se agolpe en nuestro día a día, elegimos dedicar esta edición a los EFECTOS COLATERALES de la pandemia.

Es sintomático que en la respuesta a nuestra convocatoria predominaran el ensayo y la crónica, y también que la incertidumbre, el luto y la esperanza hayan sido una constante en la mayoría de las colaboraciones. Pero la sorpresa no es tanta: hay una necesidad catártica, de rescate y memoria, de plasmarlo todo detalladamente y verlo a la distancia antes de que el tiempo lo desvanezca.

Inaugura el *dossier* un ensayo de Jimena Maralda sobre un doble extrañamiento: de sí misma —al sentir distintos su cuerpo y sus capacidades— y respecto al espacio público —nuevas rutas, nuevos negocios, otros edificios—. Luego, Ángel Carrillo Hernández expresa el desconcierto tras la pérdida en su poema “Después de la ausencia”. Silvia Santaolalla comparte ese mismo tono en “Lágrimas en tres actos o las consecuencias de amar”, un ensayo breve que toca distintas etapas del duelo.

“Maternar en soledad” es un testimonio de Asunción Cabrera Castellanos sobre el esfuerzo, las dificultades y los sentimientos que vivieron ella y su hija Libertad durante la pandemia. Le siguen “Vacío”, de Brenda Cristina Moreno Rosas, y “Cosas que pienso antes de dormir”, de Xury, dos relatos de estudiantes acerca de las sensaciones que las invadieron al volver a clases presenciales. A su manera, ambas traen a la luz una reflexión sobre la poca importancia que se le ha dado a la salud mental.

Continúa un poema de Elizabeth C. Lara titulado “Por favor, no salga de su casa”, que nos recuerda todo lo que esta frase significó cuando se convirtió en el eslogan tanto de la supervivencia individualista como del cuidado colectivo. Después viene el cuento “Monumento”, escrito por Sergio López Monterrubio, cuyo único personaje se debate entre su voluntad y el insoportable peso del hastio y el sinsentido. “Afuera del pozo quedan sus ecos” es una crónica de Kevin Aragón que denuncia la inseguridad laboral, un problema sistemático en todo el país, que encontró en la pandemia el disfraz perfecto para mostrarse como un “daño colateral”.



POESÍA



NARRATIVA



ENSAYO



ENTREVISTA



RESEÑA



ILUSTRACIÓN



FOTOGRAFÍA

NARRATIVA
GRÁFICA

En el último poema, Manlio D. M. A. se aferra a las pequeñas pero poderosas resistencias: volver a estar junto a alguien querido. La misma esperanza permea la crónica de Marisol Nava: “El regreso” es un recuento de todo lo que la pandemia le reveló sobre sí misma, una pausa necesaria para volver fortalecida a su —nuestra— querida Ciudad Universitaria.

El Carrusel de este número inicia con “Pájaros”, un cuento breve de Joaquín Filio. Le sigue un homenaje a la poeta juchiteca Rocío González, escrito por Perla Muñoz Cruz y acompañado de dos retratos autoría de Alberto Tovalín, a quien le agradecemos por compartirlos con nosotros. Para nuestra sección *Entre Voces*, Jesús Santiago Velasco entrevistó a Fernanda Trías a propósito de su novela *Mugre rosa*, cuyo argumento también tiene como protagonistas al encierro y la enfermedad. En *Bajo Cubierta* publicamos una reseña de *Polifónica. Reunión de cuentos* a cargo de Claudia Santos.

Esta edición también incluye a los trabajos ganadores del 12º Concurso de Crítica Cinematográfica Alfonso Reyes “Fósforo”; por ellos, felicitamos a Óscar Daniel Baddillo Pérez en la categoría Posgrado, a Luis Eduardo Pérez López en Licenciatura, a Natalia Santoyo Espino en Bachillerato y a Rosalina Estrada Medina en la categoría Exalumnos y público en general.

Cierra este número “Desde la ventana”, un cómic de Darío Cortizo para nuestra sección de narrativa gráfica *Tinta Suelta*. Aprovecho para recordarles que en la solapa trasera de cada número encontrarán la minisección *A contraluz*, una postal desprendible que, en esta ocasión, aloja un breve poema de Carlos Sánchez Ramírez “Emir” y un grabado de Guillermo Alvarado García. Como siempre, tanto a él como a las demás personas que colaboraron en la parte gráfica les agradecemos que compartan su trabajo con *Punto de partida*: Roberto García, Limón y Horchata, Emeonce, Melissa Delgado y Yola Reyes.

Dejo en sus manos estas páginas, compartiendo el ánimo de este número —la pausa, la reflexión y el entusiasmo— y esperando que también ustedes encuentren en ellas algún reflejo que ilumine los tiempos por venir. 📖

Aranzazú Blázquez Menes

EFFECTOS COLATERALES





Una vida que se parece a otra vida

JIMENA MARALDA

Un cuerpo que ya no se parece a mi cuerpo

Están arrumbados. Adentro de bolsas de tela, cuatro o cinco pantalones duermen ignorantes de si su letargo es temporal o si indica el fin de nuestro tiempo juntos. Con ellos, algunas blusas que aún me gustan. No me he atrevido a deshacerme de esa ropa a pesar de que lleva más de un año en el olvido. Y es que una parte de mí está convencida de que un día *podría* usarla de nuevo, y pienso que si ese día llega me arrepentiré de haberla exiliado de mi guardarropa.

No logro decidir qué hacer porque tomar una decisión significa también tomar una postura respecto a mi cuerpo. Y no quiero hacerlo. No todavía.

Mi cuerpo ha cambiado mucho desde aquel 12 de marzo de 2020 en que Gaby y yo fuimos al Centro en bicicleta desde la colonia Juárez para asistir a una función en el Teatro de la Ciudad. En este momento no aguantaría un traslado así, ni siquiera uno más corto, en bicicleta. Ahora incluso caminar distancias no tan largas me cansa y hace que los músculos de mis piernas palpiten, confundidos por el esfuerzo del movimiento.

Entre la oleada de artículos sobre amor propio, videos en redes sociales sobre cuerpos diversos, pero también la exposición constante a cuerpos curvilíneos, esculpidos y estéticamente aprobados por los parámetros hegemónicos, la extrañeza se apoderó de mi mirada frente al espejo hace ya más de un año. ¿Quién es ésa que veo ahí?, ¿de quién es el peso que cargo?, ¿de quién la carne que se expande e impide que cierre mi pantalón? No sé cómo describir la relación que tengo con mi cuerpo, ni si debo preguntarle a él o a mí qué necesito. Miro fotos de otras épocas de mi vida y evoco, nostálgica, mi complexión, la textura de mi piel y hasta la longitud de mi cabello.

El cuerpo con el que me levanto cada mañana ya no se parece al que reconocía como mío cuando comenzó la pandemia, al que me acompañó durante los primeros meses del encierro: un cuerpo que estaba reconectándose con el movimiento, pero también con el dolor, y que quizá por eso, eventualmente fue alcanzado por el letargo y se entregó sin resistencia a la inmovilidad.

Mientras decido qué hacer conmigo y con la ropa, recorro mi piel con los dedos. Siento los nuevos pliegues que conforman mi espalda, mi abdomen, mi cadera y mis piernas. Estrujo con suavidad los rollitos de



Limón y Horchata. *Espacio*

mis costillas. Me regodeo en el uso de prendas amplias que no estrangulen mi carne; es como, pienso ahora, darle a un invitado un cuarto con un buen colchón, cobijas limpias y suaves, hacerle saber que es bienvenido y no condenarlo a la incomodidad de un sillón.

Mientras decido qué hacer, me descubro cohabitando con la persona en la que me he transformado, y descubro que con ella también puedo bailar, moverme, aprender cosas nuevas y recorrer caminos largos por primera vez. Una noche, después de una intensa actividad física, con las piernas agotadas, me abracé de pies a cabeza agradeciendo mi compañía y pensé que, en realidad, la ropa es lo de menos.

Reaprender la ciudad

En marzo de 2021 caminé por la Alameda de Santa María y vi, con dicha, que las jacarandas ya tenían flores. El sol bañaba las calles y en el aire se



respiraba el anuncio de la primavera. En esa fecha, el parque seguía lleno de cintas amarillas que impedían el paso hacia el kiosco, las bancas y los pasillos donde suele reunirse la gente. Por el momento, sólo las personas sin hogar eran dueñas de aquella área y ocupaban sus bancas como puntos de encuentro y descanso, colándose más allá de esas cintas limítrofes que para quienes casi nada tienen, nada significaban. Mientras, la periferia era territorio de los corredores matutinos, los paseantes de perros y uno que otro grupo de padres con niños en bicicletas o triciclos.

Había pasado muchos meses sin prestar atención a la zona. El Salón París, que llevaba toda una vida en la esquina de Torres Bodet y Díaz Mirón, había cambiado su ubicación unos metros y, además, extendió sus dominios hacia el arroyo vehicular, como tantos otros negocios alrededor de la ciudad, que salieron de sus locales para ocupar el exterior en aras de la prevención del contagio que, se supone, otorga una mayor circulación del aire.

El negocio donde comprábamos choripanes cerró; en el local que ocupaba estuvo brevemente una farmacia, que tampoco resistió, y ahora abrió allí una estética. En la acera de enfrente llegaron una tienda de muebles de diseño y un salón/spa. Hay varios nuevos restaurantes y cafeterías que dan cuenta del encarecimiento de la zona, cada vez con más edificios nuevos y departamentos más caros disponibles para comprar y rentar.

En un par de ocasiones caminé hasta el metro San Cosme para recoger unas compras. La avenida estaba llena de tierra, polvo y máquinas que levantaban el piso y llenaban las horas con su estruendo. Con el paso de los meses, la obra tomó forma en la extinción del camellón que dividía el flujo de los autos a lo largo de la avenida y que permitía a los peatones hacer una pausa al cruzar de una acera a la otra. En su lugar colocaron jardineras que, por el momento, tienen flores, pero quién sabe si las tendrán dentro de poco tiempo. Además, ahora hay una ciclovía que recorre Insurgentes a lo largo de Santa María y también en Ribera de San Cosme: vías nuevas para acceder a una zona que me es tan familiar.

Como si no fuera suficiente, hace poco fui a casa de una amiga utilizando la línea de metrobús que inició sus funciones en algún punto de este par de años en la zona que cruza la alcaldía Venustiano Carranza. Me sorprendió lo directo que fue el trayecto y me sentí aliviada por no tener que subirme al metro. Sin embargo, en el camino me desconcertó descubrir el cambio de nombre de estaciones como México Tenochtitlan, cuya modificación se debió al renombramiento de la avenida en la que se encuentra, o Defensoría Pública. De pronto me hallé en incertidumbre ante la ciudad en la que he pasado toda mi vida, sin saber qué otros cambios se han efectuado, si eso modificaría mucho mis recorridos y cómo, e incluso desconociendo cuáles serán los tiempos de traslado.

Si esta urbe quimérica ya me parecía insondable, hoy me siento más ajena a ella que nunca. Es como si estuviera aprendiendo a moverme en

ella por primera vez, pero con el miedo añadido que genera haber perdido la costumbre a las aglomeraciones dentro del gran gusano subterráneo que es nuestro metro, la posibilidad de un contagio y mi ansiedad generalizada ante el solo hecho de ser una mujer en las calles de este país después de habituarme a la seguridad que me daba no salir de mi hogar.

Estoy reaprendiendo a transitar por un paisaje que muta cada vez a mayor velocidad.

La vida que no

Seguido me pregunto si en alguna realidad alterna he salido a tomar cerveza, asistido a presentaciones de libros, ido a comer con mis amigas o viajado a la playa... o si acaso (¡qué mejor!) la yo de ese otro universo evitó la crisis mental que yo no pude. Pienso con más frecuencia de la que debería en la vida que no ocurrió porque las posibilidades se volvieron líquidas en nuestras manos, y sólo nos quedó mirar cómo se escurrían, perdiéndose para siempre.

A pesar de todo, somos obstinados. Insistimos en construir presas para darle forma y conducir el cauce de lo que vamos perdiendo, como para intentar retenerlo de alguna manera. Reestructuramos los días y confrontamos nuestra negación, convencidos de que la vida debe continuar.

No sé si tenga algo de patológica esta obsesión mía por lo perdido. Esta nostalgia permanente por las cosas que no ocurrieron y el tiempo que no se puede recuperar. Porque no se trata sólo del tiempo, de los planes que se disolvieron, de las experiencias que nunca pasaron, también es la conciencia del camino que seguimos avanzando sin la compañía de tantos otros. Es incredulidad ante el hecho de que la vida es muy corta y a ratos parece no tener mucho sentido. Y eso, fantasear con la vida que no fue se siente como limón en la herida existencial que se abre en mí al pensar en la fugacidad de todo, lo frágil de los planes, la finitud de las personas.

No obstante, a pesar del paso del tiempo y a pesar de todo, hay elementos que permanecen; guiños de las versiones pasadas de quienes fuimos. El mundo sigue cambiando, sí, pero esta vida no es tan distinta a la otra, a la de antes, si bien se volvió un poco más aséptica, más desconfiada y confusa, y por ratos, es cierto, más violenta.

Escuchando música con los auriculares puestos mientras avanzo en el metrobús, miro por la ventana y contemplo el dosel violeta creado por los árboles floreados de avenida Reforma. Son los colores, la luz de la tarde, algunos olores y sonidos y, ¿por qué no?, incluso la experiencia de sentarme en el transporte, las cosas que me anclan con este presente en proceso, con esta vida que se parece tanto a la otra.



Después de la ausencia

ÁNGEL CARRILLO HERNÁNDEZ

Hay un miedo que nace
desde la ausencia
de un cuerpo
en una cama
ahora blanca,
desocupada,
pero con la marca
que deja el peso
y gravedad
de los recuerdos;

el vacío
que ya no habita
las calles,
ahora reside
en una habitación;
todo ese vacío cabe
en un solo lugar,
siempre abierto
y lleno de fotos
a veces con veladora,
a veces con incienso,
ropa vieja y ropa nueva
que nunca alcanzó a regalarse
porque llegó antes
la despedida.



Maternar en soledad

ASUNCIÓN CABRERA CASTELLANOS

 Cortesía de la autora

Soy Asunción Cabrera Castellanos, mamá de Libertad. Tengo 27 años y durante la pandemia fui madre, maestra, estudiante de Ciencias de la Comunicación y becaria en Corriente Alterna.

En 2015 nació mi hija. Para sus cuidados, siempre tuve el apoyo de las mujeres de mi familia. Cuando Libertad cumplió un año, ingresó a una estancia infantil subsidiada por Sedesol, y posteriormente a preescolar. Por ser de tiempo completo, la escuela de mi hija, además de aprendizaje y desarrollo socioemocional, le brindaba servicio de comedor. Eso me permitía asistir a la universidad de manera tranquila porque sabía que ella se encontraba bien y en un lugar seguro. Estos espacios para las infancias

quedaron en el pasado por su desaparición durante el gobierno del presidente Andrés Manuel López Obrador.

Sumado a ello, la pandemia me enfrentó a una maternidad absorbente que no conocía. Se cerraron las escuelas. Pronto terminé siendo reportera, estudiante de licenciatura —haciendo mi servicio social— y también la profesora de mi hija, porque la Secretaría de Educación Pública dejó la educación en manos de las televisoras.

Por las mañanas, antes de tomar mi primera clase virtual, preparaba el desayuno. Soy una adulta funcional y sé cocinar lo básico, pero a veces se me queman los alimentos o no tienen el mejor sabor. “Quiero desayunar con mi abuelita”, me dijo mi hija a los pocos días de comer lo que yo hacía. Libertad y yo tomábamos clases vía Zoom en el mismo horario. Era difícil poner atención a lo que decían en mi clase y en la de mi hija. Para ella también era complicado estar escuchando dos audios a la vez.

Durante el día intentaba concentrarme en un texto y avanzaba dos párrafos cuando escuchaba: “Mamá, ¿así estoy recortando bien?”, “¿qué más






sigue?”, “¿cuándo vamos a regresar a la escuela?”, “extraño a mis amigas”, “tengo sed”, “quiero ir al baño”, “ya me cansé”. Además, Libertad necesitaba que yo le dictara palabra por palabra, indicación por indicación. Hacíamos juntas toda su tarea, pero, cuando caía en cuenta, se había consumido el día y yo todavía tenía pendientes mis trabajos.

Empecé por entretener a Liber con la televisión, después con videos en mi celular. Necesitaba silencio. Sólo un poco de concentración. Para mi sorpresa, Libertad se quedaba dormida, aunque no era de cansancio; percibí en ella una suave tristeza. Su vida había cambiado. Sentí repugnancia por mí y una amargura que galopaba con gran velocidad en mi ser. ¿Qué significaba que yo quisiera silenciar a mi hija? Pedirle a una niña que guarde silencio, en una etapa en la que el mundo es un signo de interrogación y siente la inherente necesidad de comprender, es violencia.

Una madrugada Libertad me despertó llorando —“es que soñé que te morías”—. Le había transmitido el terror que me provocaban las muertes por la pandemia. Como sociedad, nos preocupamos muy poco por el impacto psicológico que tiene la percepción del virus en las infancias.

Tener cinco años y vivirlos en confinamiento debe ser lo peor. Mi hija se quedó sin escuela, sin amigos, sin otras personas con quienes convivir. Sus angustias y descontentos los empezó a verter en mí como un río que se desborda. Ella reclamaba mi totalidad. Se colgaba de mí porque yo era su puerto seguro. El sentimiento de culpa me acosaba todo el tiempo. Claro que amaba a mi hija, pero también me llevaba al límite. No podía con todo. “La maternidad es un cuchillo sin empuñadura. Imposible agarrarlo sin clavártelo”, dice Isabel Zapata citando a Nuria Labari en *In vitro* (2021). Los meses transcurrieron y el filo de ese cuchillo ya me había cortado. Sentía que me desangraba por una herida que no lograba encontrar.

En agosto de 2021 mi hija regresó a clases presenciales. Durante las primeras reuniones con las autoridades educativas nos hicieron saber que madres, padres y tutores debíamos sostener la escuela, darle mantenimiento y diseñar medidas y protocolos para prevenir los contagios en las aulas. No había presupuesto de la SEP para ello. Así que en esta pospandemia debo ayudar —como todas las mamás— con el filtro de sanitización de ingreso de los alumnos, en el aseo del salón de mi hija durante una semana, en las faenas generales y del salón una vez al mes, además de estar al pendiente de los insumos de limpieza que ella necesita para estar en clases.

Maternar durante la pandemia ha sido difícil y desgastante en todos los sentidos, mientras las autoridades siguen recortando el presupuesto destinado a la educación y a las infancias, ignorando a las niñas y niños de este país. 

N. de la E.: Una primera versión de este texto fue publicado en el blog de Corriente Alterna UNAM. Formó parte de los testimonios de la pandemia leídos durante el homenaje a la escritora Elena Poniatowska en la inauguración de la Fiesta del libro y la rosa 2022.





Lágrimas en tres actos o las consecuencias de amar

SILVIA SANTAOLALLA

Cortesía de la autora

Exordio

Colateral: que se deriva o es consecuencia de otra cosa principal que se pretende.¹

Existen tres tipos de lágrimas: basales, de reflejo y emocionales. Gotas que son segregadas por glándulas. Gotas que, si bien están formadas principalmente por agua, también contienen proteínas, lípidos, enzimas, glucosa, urea, sodio y potasio. Gotas que se nos escurren desde los ojos por la cara. Y aunque sean necesarias, no existe control sobre ellas. Simplemente se riegan, nos mojan, se derraman, dejan un rastro de sal y emoción por la vida.

No puedo decir que las lágrimas no sean una consecuencia directa de las emociones para mí. No existe emoción que no me provoque llorar. Sin embargo, el amor nunca había sido una de ellas. Amar no debería doler, ¿no? ¿Pero amar a quien ya no se tiene? ¿Amar lo que antes fuimos? Añorar. Al final la tristeza, la nostalgia, el dolor de no olvidar son consecuencias indirectas de amar fuerte. Sin prisas, con la sangre y con la carne. Y al final las lágrimas siempre se me van a escurrir por lo que ya no es, pero no se puede dejar de amar.

Primer acto: la pérdida

P: Lit nos vimos antes de que empezara la pandemia.

8:02 p.m.

S: Lo que me perturba es que esa persona ya no existe.

8:09 p.m.

A: x2

8:18 p.m.

El 22 de febrero de 2020 fue la última vez que vi a Héctor. Había quedado con unas amigas en una placita. Sentada con las piernas cruzadas en una banca escuchaba las historias de A. Estaba fresco, la noche tranquila y agradable. Estaba emocionada por saber qué es lo que había pasado con mis amigas de infancia en esos últimos meses. Los vi bajo la luz de las lámparas y corrí a ellos.

¹ Oxford Languages, definición 1.



Isabella traía unos tenis nuevos. Dio saltos de un lado a otro para enseñarme que en la suela prendían lucecitas. Creo que eran rosas. De la mano de su mamá me contó que habían ido a la plaza a comprarlos, a comer algo, a tomar el fresco. Abracé fuerte a mis amigos. A Héctor lo abracé al final, sin saber que era la última vez que lo vería así. Dos meses después estaría perdida en el mundo, mi primo estaría muerto, Isabella traería otros zapatos, pero éstos no los recordaré.

Cuando, tiempo después, P nos recordó a A y a mí esa noche sé que lo hizo con la mejor intención. A fin de cuentas la pasamos bien. Prometimos seguir viéndonos frecuentemente, aunque la pandemia suspendió los planes en un después que todavía parece eterno. Ellas no saben que fue la última vez que vi a mi primo. Que desde que supe que había muerto repasó esa plática de los tenis con luces, de las promesas de vernos pronto, el fresco de la noche, los abrazos. Y nunca he podido recordar si le dije



lo mucho que lo amaba. No saben que todo lo que hablamos nosotras tres se difumina en mi cerebro mientras se me comprime el pecho. Ninguna es la misma, de eso estoy segura. Pero no sé si ese día les regresa con malestar como a mí.

Segundo acto: la destrucción

*No sé por qué, no sé por qué ni cómo
me perdono la vida cada día.*

Miguel Hernández, "Me sobra el corazón"

He amado a muchas personas en la vida. Varias de ellas se fueron, se perdieron o se murieron. Pero nunca me había dolido tanto perder a alguien como a Héctor. Es una espiral que camino todos los días desde que me despierto hasta que me duermo, y muchas veces durante los sueños también.

Me levanto y pongo el café. El botón de la cafetera está tan gastado que a veces no prende. Me estiro, me baño y me siento a escribir, a leer, a pensar. Antes tenía una vida afuera. Tenía cosas, un trabajo, un novio, un lugar a donde ir. Antes sonreía en todas las fotos. Ahora me abro paso en los días intentando hacer una rutina, apegarme a ella.

Hay días en los que creo que fui yo quien destruyó todo lo que tenía por no poder dejar ir ese recuerdo que punza: la noche de los tenis rosas con luces. El calor del primer año de encierro y la urgencia de salir por sentirme asfixiada en mi casa. ¿Pero a dónde podría haber ido? Ningún lugar me habría regresado lo que perdí ese día hace dos años. Sobre todo, las ganas de seguir adelante.

El dolor atraviesa el cuerpo, sí, pero ¿cómo transformamos la punzada en el estómago en palabras? ¿Cómo explicar qué se siente levantarse en medio de la noche sin poder respirar ni entender nada porque el aire no entra a los pulmones? El dolor te transforma en un cuerpo que se cierra en sí mismo. El simple tacto del otro sobre la piel puede lastimar tanto como un golpe. La palabra más amable se puede transformar en el desvelo de noches enteras. Entonces me escondí en mi mente, en la espiral de no entender el mundo, de no querer que nada ni nadie me importara. Y de a poco destruí lo que había construido en años: a mí.

Tercer acto: en blanco

El final de las cosas trae consigo aprendizajes. Giramos la cabeza hacia atrás y miramos el camino recorrido con la tranquilidad de saber hacia dónde nos dirigimos. Pero, realmente, ¿cuál es el final? ¿Cómo saber que hemos aprendido algo y que es momento de avanzar? Éste es el acto donde debería contar cómo las cosas mejoraron poco a poco y me convertí en una

nueva versión de mí, una que es resiliente. Una versión sin miedo, nueva. Una versión libre del dolor.

La verdad es que el final no existe y el dolor puede acompañarnos toda la vida a pesar de que aprendamos de él. Nada me traerá de vuelta a Héctor, eso lo sé. Pero su pérdida tampoco tiene por qué ser una lección. La gente no se muere para enseñarnos algo. Simplemente pasa y nos quedamos añorando que no fuera así. El punto es que nos quedamos esperando, porque no tenemos otra cosa que hacer con lo que sentimos en las entrañas. Sólo podemos esperar a que pase y podamos terminar de limpiar, de comer, de escribir este texto. Tenemos que detenernos un momento antes de poner los pies en el suelo por primera vez en el día y decidir seguir adelante, aunque queramos regresar a la cama. Y ésa es la parte difícil. Empujarnos diario, buscar una razón para no quedarnos a seguir saboreando el dolor. Reconocer que seguir tocando la herida también es adictivo.

Me gustaría ser la flor que rompe el asfalto. Pero debo admitir que si giro la cabeza hacia atrás no hay un camino claro que haya recorrido. No puedo decir que ahora duermo tranquila, que las ojeras desaparecieron, que el pecho no se contrae hasta dejarme sin aliento. Sé que ahora puedo salir de la cama, poner el café, estirarme, bañarme y escribir. Pero el dolor sigue latente, esperando que algo detone un recuerdo. Y sin embargo, lo único que conservo como un tesoro es el deseo de seguir amando hasta que la piel se me quede en ello. 📍



Vacío

BRENDA CRISTINA MORENO ROSAS

Había olvidado la manera en la que se sentía interactuar con otras personas, escuchar sus voces, observar sus reacciones, miradas que se entrelazan y revelan el interior. A lo largo de la pandemia, socializar se había reducido a cuadros oscuros, interferencia, problemas de comunicación, a la espectral presencia de algunos sólo por medio de la voz. ¿Eres tú la persona que siempre me recordaba que mi micrófono se encontraba apagado? A veces me encuentro con extraños que resultan ser compañeros con los que he convivido a diario por los últimos dos años. Las personalidades toman cuerpo, nos conocemos de nuevo.

Adecuarnos a lo que ya conocíamos se ha convertido en una labor. Prestar atención a las nuevas pautas y recordar las ya preestablecidas. Cubrebocas, ventilación y distancia, pero ahora también saludar, evitar el silencio y no frustrarse ante el tráfico. Memorice las reglas viejas y las nuevas, dispuesta a regresar a lo que había puesto en pausa indefinidamente. Emocionada y preparada para tomar la ruta de Copilco, salí de casa antes del amanecer, tomando en cuenta que el tráfico había regresado a su ritmo usual las últimas semanas, pero ni siquiera pude llegar a la parada del metrobús antes de que un sentimiento de angustia inundara mi pecho. Pánico puro desenvolviéndose en mi interior. No sabía de dónde provenía, pero me encontraba paralizada, incapaz de seguir. Regresé a casa y reporté que no podría asistir ese día. Se trataba de un miedo irracional, no tenía raíz definida que pudiera explicar esa sensación. Simplemente apareció. Después de tanto tiempo encerrado, mi cuerpo se había revelado en contra del espacio externo.

Ansiedad.

Hemos modificado nuestra conducta tras este periodo. En mi caso, no sólo me cuesta trabajo regresar al esquema anterior, últimamente se ha presentado un fenómeno que me ha consternado profundamente: la manifestación corpórea de los efectos del confinamiento, la angustia se apodera de mí. Tomo las llaves, respiro y me doy cuenta de que todos los rituales de preparación no sirvieron para acallar el temor interior.

Después del impacto, vienen las consecuencias. Estamos tan pasmados por las situaciones que llegaban en el momento que nunca logramos procesar lo que ocurría, al menos no del todo. Estamos exhaustos, pero también afligidos por las pérdidas. El miedo acaparó nuestras vidas y no nos ha abandonado por completo. En medio del caos, la apatía solía



mostrarse de vez en cuando en los trabajos o las escuelas, en las que, a pesar de las circunstancias personales, se nos obligaba a continuar, pretendiendo que el mundo no se derrumbaba a cada segundo.

La situación ha cambiado, pero nuestra salud mental está profundamente deteriorada y, a pesar de la apertura de los debates en torno a ella que se dieron durante este periodo, pareciera que procurarla es prescindible a costa del imperioso regreso.

Nuestros alrededores se mueven tan rápido que nos cuesta recobrar el aliento. En un abrir y cerrar de ojos, las reaperturas nos obligaron a continuar, adaptarnos, acostumbrarnos a lo nuevo y amoldarnos a nuestros alrededores. Un ápice de esperanza tras un panorama desolador, no obstante, también un reflejo de nuestro desgaste corporal. Las actividades físicas que antes realizábamos sin pensarlo se han vuelto más pesadas, no sólo física, sino también emocionalmente.

“No es un fenómeno aislado, muchos están pasando por lo mismo”. Así trató de reconfortarme mi terapeuta tras contarle los episodios que se presentaban cada mañana antes de irme a la universidad. Estos periodos de angustia no duraban mucho, pero eran recurrentes. Un cuadro de ansiedad que comenzaba a perjudicar mis días. Efecto colateral del encierro o tal vez de nuestros entornos que comenzaban a mostrar las consecuencias de los agobiantes meses que sobrevivimos.

A pesar de que el mundo comienza a tomar su rumbo de nuevo, el tiempo parece irreal, atrapado en la parálisis colectiva que atravesamos. La partida de algunos y la modificación de nuestros entornos cae como un balde de agua fría que nos asegura que nunca podremos recuperar por completo lo que perdimos en la pandemia. A veces deseo comunicarme con aquellos que he perdido durante estos años, a veces es como si aún siguieran entre nosotros, hasta que me doy cuenta de que las cosas ya no son como antes. *Añorar* es una palabra tan vacía que no logra describir el deseo que provoca la ausencia por algo que alguna vez nos perteneció.

Nuestros entornos parecen haber permanecido fijos en su estado anterior, pero la realidad ha cambiado radicalmente para cada uno de nosotros. Desde los detalles más pequeños hasta nuestra forma de pensar. Ya no somos los mismos, y tal vez nos encontramos en un periodo de luto, no únicamente por los que hemos perdido y recordaremos encarecidamente, sino también por las personas que éramos y por la vida que quedó perdida en el pasado. Secuelas que se presentan con el tiempo: ansiedad, tristeza o ira, nostalgia por el vacío. **P**



Cosas que pienso antes de dormir

XURY

Limón y horchata

El monstruo de adentro es peor que el de afuera. Afuera sólo debes mantenerte a dos metros de distancia de cualquier otro ser que camine en dos piernas y cante mientras se baña. Te lavas las manos de forma frenética, usas gel antibacterial y te tomas la temperatura en la muñeca por miedo a que se te quemen las neuronas si lo haces en la frente. Limpias tus pies en una jerga o en un tapetito que está más seco que los limones de la taquería de la esquina de tu casa. Adentro no puedes huir a ningún lugar. El monstruo vive contigo, en la habitación de al lado e incluso come contigo.

Me sentía atrapada en mi habitación, que era como la esquina de una pequeña pecera, así que decidí convertirla en una fortaleza. Una fortaleza de dos pisos. Nunca he tenido un cuarto propio, así que me he acostumbrado a partir todo a la mitad, por eso decidí que la parte inferior de la litera sería mi fuerte; mi hermana podía hacer lo que quisiera con la otra parte. Colgué una cobija a modo de cortina para que nadie pudiera verme y para que yo no pudiera enterarme ni siquiera cuando el sol se pusiera. Saqué las luces led de los adornos de Navidad y las colgué alrededor de lo que sería el techo. Comencé a mantenerlas encendidas toda la noche por miedo a que el monstruo aprovechara la oscuridad para entrar.

Acurrucada entre las cobijas, me sentía como un pollito de feria, de esos que venden pintados de colores. Creo que yo sería uno de color rojo, mi nombre me suena a ese color. Cuando las luces no estaban encendidas dejaba de sentirme pollito y me convertía en un perro. Veía la cortina bailar al ritmo del viento de mi ventana, me estiraba de vez en cuando y entreabría los ojos cuando alguien hacía algún ruido. A veces me gustaría ser un perro, sólo *guaf guaf* y nada de *sí se oye*,



Soledad

profesor. Cuando pienso cómo era hacer mis tareas, exponer frente a 30 personas sin poder abrir otra pestaña para leer un guión improvisado o siquiera hablar con otro ser vivo que no tuviera mi sangre, siento como si estuviera intentando recordar mi primer día en el kínder.

Diario escucho iniciales que hablan a través de la pantalla de mi computadora. Algunas veces son fotos, pero no se mueven, sólo se ilumina su contorno. Y otras tantas es un nombre y un apellido el que habla. Pero al final, no son seres vivos que caminan en dos piernas y cantan mientras se bañan. Es como si estuvieran pero sin estar. Han pasado casi dos años y lo único a lo que no me acostumbro es a escuchar a la letra del recuadro decir mi nombre. Siento que un escalofrío blanco azulado me recorre el cuerpo, que una bola verde llena de picos se me clava en el estómago y me hace querer vomitar, los oídos me tiemblan y siento como si

se volvieran amarillos. Todo en un segundo. Cuando abro el micrófono siento como si un globo morado apareciera en mi estómago y se inflara con cada palabra que digo. Va subiendo lentamente hasta llegar a mi garganta y tengo la sensación de ahogarme. Cuando apago el micrófono y exhalo, el globo se desinfla y puedo volver a hablar.

Pensé que regresando a clases presenciales dejaría de sentir esa bola de sensaciones coloridas, pero estaba equivocada, es aún peor. Siento como si todos me juzgaran: mi pelo, mi ropa, mi maquillaje, mi voz, mi exposición, absolutamente todo. Antes sabía que había algo detrás de la pantalla, pero ahora ese algo tiene dos ojos que se me clavan como las garras de mi gato. Me pregunto si en algún momento volveré a ser la misma que hace dos años, aunque, en realidad ¿cómo era yo antes de todo esto? **P**



Protección



Por favor, no salga de su casa

ELIZABETH C. LARA

Una tarde el carro con sonido anunció:

Por favor, no salga de su casa.

De haber sabido que sería

mi última vez

en la normalidad

hubiera buscado la manera de

registrar el momento antes.

No me valieron de mucho

los horóscopos ni los oráculos

evangélicos en los titulares de los periódicos

para predecir lo que vendría.

Una tarde el carro con sonido anunció:

Por favor, no salga de su casa.

Pero quiso decir: *sal y disfruta,*

deja que la montaña de pendientes

del trabajo por el cual te sacrificas

vaya a Mahoma, renuncia

a ti misma, no, ve,

respira sin cubrebocas,

visita a tus seres queridos

abraza a tus amigos

pasea a tu mascota

come en tu restaurante favorito,

ahora que todavía puedes.

Vendrán días difíciles:

te correrán del trabajo por no ser

lo suficientemente virtual;

el despido injustificado te arrebatará

no sólo tu independencia económica

sino también tu paz.

Perderás a tus amigos por confinarte

hasta el fondo de ti misma.

Te aferrarás a la patita de tu mascota,

temblando de miedo al ver

el panteón del 2020 lleno de muertos familiares

abriendo huecos

en el estacionamiento del 2021 y 2022

para meter más.

Intentarás hacer meditación y yoga

pero sólo ganarás una lesión cervical

un dolor crónico

un recordatorio

constante

sin fecha

ni nombre

de que antes sí

y ahora

Esta tarde el carro del sonido anuncia

el retorno del circo:

Señor, señora, salga, lo esperamos.





Roberto García

MOMENTO

SERGIO LÓPEZ MONTERRUBIO

Sucede tras dos años de encierro. Entre alertas, notificaciones y luces que me encandilan, no puedo mover las articulaciones ni despegarme de la cama, como si un inmenso bloque de concreto pesara sobre mí. No sé si es dolor, pero se parece al dolor. Considero si será un síntoma del virus. Pronto lo descarto, pues ya lo he contraído, ya estoy vacunado, y jamás había escuchado de algo así.

Mucha gente ha regresado a algo parecido a su vida anterior. Otros seguimos igual, sin avistamiento de cambio. En teoría no estoy solo en esto, pues comparto el departamento con Alberto. Llevo semanas sin verlo más de cinco minutos. Se queda en casa de su novia, donde al parecer la luz es mejor y no hay carencia de agua. Entre más cosas se lleva del departamento, más parece un lugar abandonado, del mismo modo en que yo, entre más tiempo paso encerrado, menos me puedo mover.

Estiro mi cuerpo hasta que escucho un chasquido. Soy capaz de levantarme por cuenta propia, me digo, obligarme a ello es posible. Luego de un esfuerzo inhumano, lo logro. Hacer la limpieza se ha vuelto como conciliar un sueño profundo: sucede poco y mal. Aviento la playera a la canasta de ropa sucia que se desborda. Moscas bailotean sobre la pila de trastes sucios. Preferiría no entrar a mi propio baño. En el refrigerador, una pechuga de pollo desarrolla una viscosidad blanquecina. Si alguien entrara, pensaría que ha culminado una fiesta de días. Hay eso en la ofuscación: un amontonamiento y la imposibilidad de separar la realidad entre el desorden que se amontona.

Al estar en el mismo lugar, a todas horas, realizando las mismas actividades, las cosas fuera de lugar se vuelven invisibles. Formas geométricas emergen a la superficie en rincones insospechados. Contenedores vacíos de la gente que trajo comida durante los días difíciles se ensamblan en torres verticales. Un frasco desborda corcholatas que no sé desde cuándo se acumulan. Plumas sin tinta se atropan en un bote. Cachivaches que ahora, contemplados desde la inoperancia, sobresalen. Lo que resulta inexplicable es que si me dieran una moneda por cada encendedor que he perdido ya tendría unos 37 pesos.

Fechas límite, correos, entregas. “Fabián, tienes el micrófono cerrado”, escucho por enésima vez. La redacción insulsa sobre sistemas me ocupa y me oprime. Un martes, otro martes, el mismo martes. Un mensaje del casero, sin duda sobre el pago atrasado de la renta, empieza con un: “Espero que estés bien”. Los descansos son una burla. Esos descansos insultantes en los que engullo quesadillas sin saborearlas, fumo sin sentir el efecto de la nicotina y miro fijamente los muros sucios, esas paredes ennegrecidas por la alta probabilidad que tiene un cuerpo encerrado de restregarse contra lo que sea.

Entonces, el sentimiento de fatiga regresa. Tecleo con torpeza. Mi antebrazo es un garrote y mi muñeca izquierda se vence sobre la letra “aaa”. Mis colegas, con la dignidad y el aspecto terso de quienes acostumbran a



Guillermo Alvarado García. *Metamorfosis*

bañarse, afirman que soy callado. No puedo articular palabra alguna, mucho menos terminar una idea. Regurgito sonidos guturales, indescifrable vehículo comunicativo de un muerto viviente. Queda el anhelo del fin de la jornada, el viernes que no llega.

El jersey con el que mi padre solía jugar fútbol está tendido sobre una silla vieja. Me lo llevé cuando mi madre decidió que era tiempo de empezar a sacar cosas, a soltar. Siento algo en las rodillas, sobre la espalda, entre la columna vertebral. Varillas de acero que se erigen en mis adentros. Sin embargo, aún puedo caminar. No muy bien, no muy rápido, pero puedo. Necesito salir. En una de esas es cosa el encierro, me digo. Quizá la falta de sol, la falta de aire fresco.

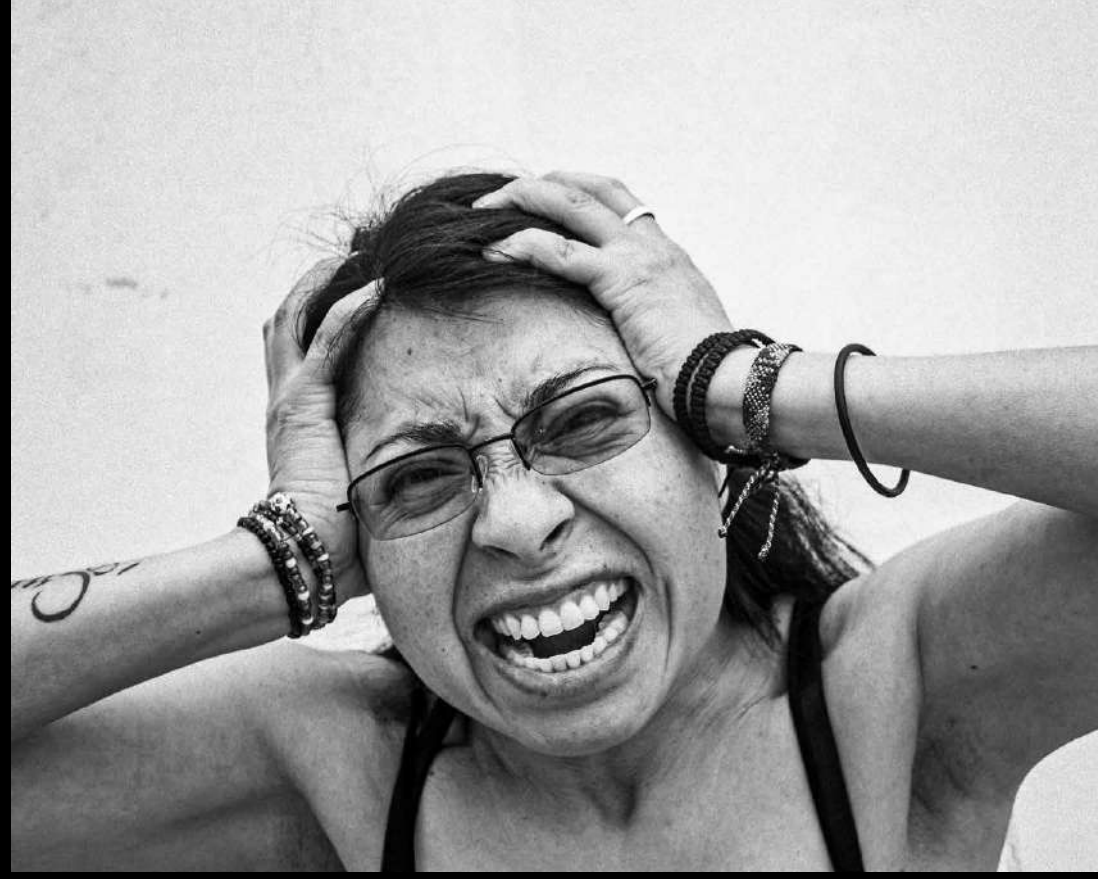
El día es largo y se arrastra como yo arrastro mi pierna izquierda. Mis ojos buscan letras, naturalmente, aferrándose al lenguaje que se me es-

capa. Leo en una playera: “Yo sobreviví al desabasto de cerveza del 2020”. Yo también, pienso, y pienso en lo inconveniente que se ha vuelto mi colección de botellas vacías. Personas se apresuran por la calle, dan la impresión de que jamás pasamos por lo que pasamos. Parece que no hay de otra y me incorporo al cauce. Un encabezado en el puesto de periódicos: “Antropólogo: La vida no puede ser trabajar jornadas largas toda la semana e ir el sábado al supermercado”. No sé explicar lo que su lectura me hace sentir: es el tipo de sensación que se siente en la uretra. Compró el diario, y el del puesto extiende su puño hacia mi mano atrofiada.

Hace falta la noche, la oscuridad, para tener un pensamiento claro. Pero si antes apenas podía moverme, ahora estoy tieso. Anclado en la cama, tanto teo mi piel y la siento reseca, juraría que incluso se torna grisácea. Pequeño elefante en la habitación vacía. Por más que abro la mano, se cierra como flor que se marchita. Menos mal que en momentos así tomaría mi teléfono para escribir mensajes precipitados que mi exnovia desde luego no respondería.

Escucho, creo escuchar, ruidos en la sala. Quizá sea Alberto. Si se acerca lo suficiente, tal vez escuchará mis balbuceos. Desfilan los sonidos del insomnio: motores, sirenas, primeros cláxones matutinos. La televisión escupe informes de una nueva variante. Afuera, por el recoveco que deja la cortina, observo un sauce triste que emprende el movimiento de las cosas holgadas. Siempre me ha gustado el nombre de ese árbol porque se parece a lo que representa, igual que la palabra *yoghurt*. Con la mirada fija, más allá de la ventana cubierta con polvo de construcción, penetro en ese territorio sin tiempo que crean las ausencias. Tiemblo. Un ojo abierto, el otro entrecerrado, la quijada estirada. Se vuelve a erguir mi pulgar, involuntario, y me recuerda a las plantas de frijol que sembrábamos en clase de Biología. Las horas hierven el aire y mi respiración se ralentiza, primero, y se precipita después.

Vendrá el amanecer, esa prueba. Pero ya no habrá dolor. No habrá nada. Mis huesos y articulaciones se petrificarán como uno de esos monumentos burdos que pasan desapercibidos. El monumento a las tijeras. El monumento al refresco. El monumento al perro callejero. Desearé haber configurado, en algún dispositivo, las funciones de accesibilidad para pedir ayuda y, sobre todo, desearé haberme dado cuenta, mucho antes, de que la necesitaba. **P**





Afuera del pozo quedan sus ecos

KEVIN ARAGÓN

*y así mutilan la esperanza
y le cortan el corazón y la palabra al hombre*
Efraín Huerta

I

Entonces despertar es como caer de cara en otro sueño, y desayunar, escuchar la radio, leer las noticias, darse cuenta de que el mundo es una cama de vidrios. Me resulta casi imposible precisar la verdadera razón de los hechos más allá de la torpe explicación de *acto-consecuencia*.

Aparto la mirada del celular y miro las paredes, el techo, las cortinas, al tiempo que oscila en mi cabeza la idea de que ya sabía que este escenario era más que probable desde el momento en que decidí levantar el teléfono, el 25 de diciembre de 2020, para decir a la prensa que nuestros superiores nos habían informado dos días antes que la institución en la que aún laboraba sufriría un recorte del 80% de su personal, al negarle la Secretaría de Cultura las ampliaciones necesarias para asegurar la conservación de los empleos de sus “prestadores de servicios profesionales”. Casi 100 personas, varios con familias que mantener y en medio de una pandemia. Entre ellos yo, Kevin Aragón, encargado de medios de comunicación de la Fonoteca Nacional.

Luego surgen los recuerdos del ajedrez político sobre el tablero mediático: la creación de nuestro colectivo y sus asambleas interminables, los esfuerzos por poner en la arena pública esta situación con entrevistas y comunicados en las redes sociales, las insensibles charlas con las autoridades y la efímera victoria que nos permitió trabajar en precarias condiciones durante 2021.

Remuevo esos fotogramas de mi memoria y me es difícil precisar mis motivos: ¿Amor a la patria, a su cultura? ¿Conciencia de clase? ¿Sed de justicia? ¿Sentido de supervivencia o simple egoísmo disfrazado de empatía?, como si todo esto fuera mi culpa. Qué irónico que luzcan tan lejanos, justo cuando las consecuencias para mí son tan evidentes: comenzar



este año, en el mar de la incertidumbre y sin empleo, como una víctima colateral de las políticas públicas y las malas administraciones.

II

Pero no soy el único ni el más miserable, pienso, justo antes de apagar mi cigarrillo en un arrebato entre la ira y el hartazgo. Como yo ha habido cientos, en todas y cada una de las dependencias del Gobierno, incluso antes de esta Cuarta Transformación. Eventuales contratados bajo el concepto de gastos conocido como Capítulo 3 000, que no les otorga derechos laborales ni seguridad alguna, mucho menos liquidaciones, porque legalmente no son reconocidos como trabajadores, sino como “prestadores de servicios profesionales”. Aunque trabajen como tal —incluso entregando sus vidas durante décadas—, para los altos funcionarios son simples engranajes humanos, reemplazables todos, con la función de dar movimiento, desde la vulnerabilidad y el

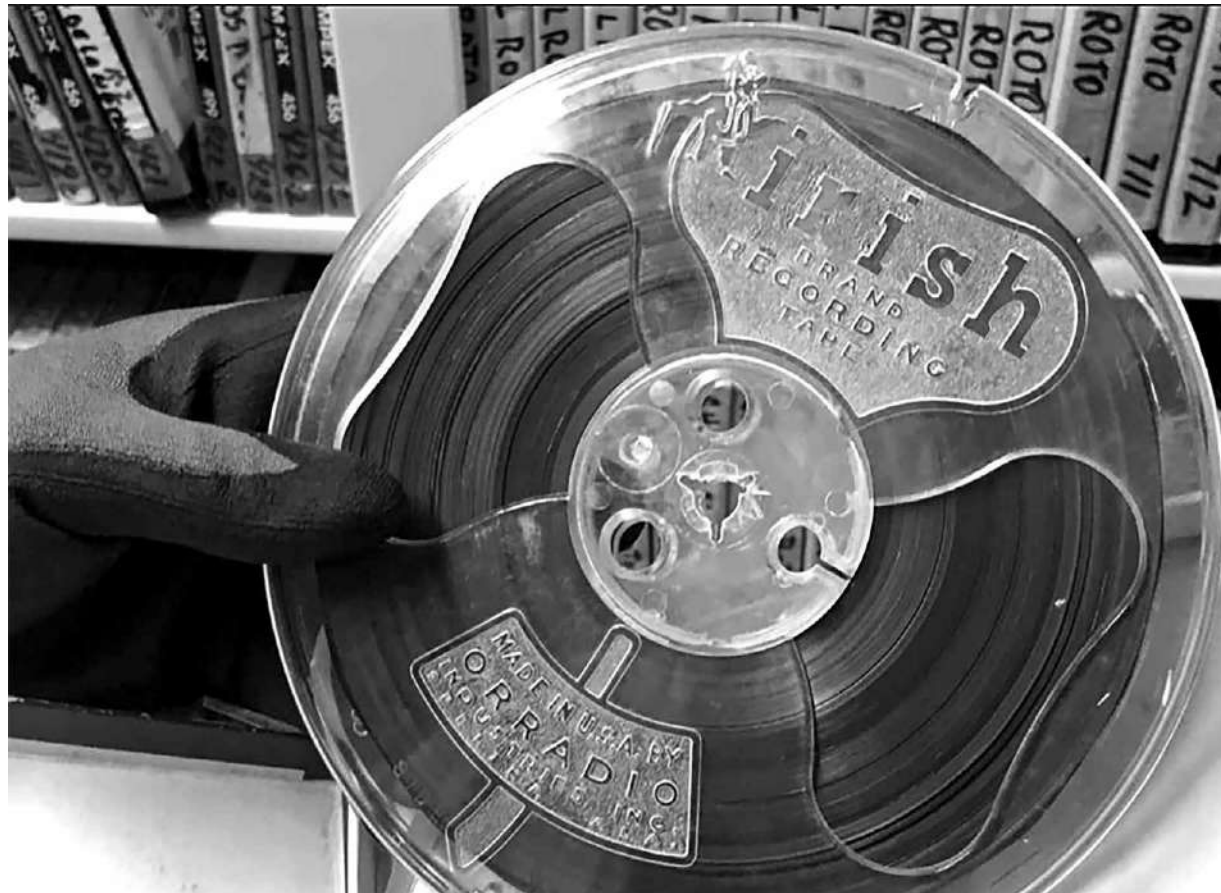
III

anonimato, a la estropeada maquinaria del Estado. A final de cuentas, una simulación laboral normalizada que remarca una tajante diferencia entre la clase política que recibe todos sus derechos y la mano de obra que es administrada a fuerza de condiciones cada vez más precarias.

Impulsado por la ansiedad, enciendo otro cigarrillo y surge en mí la pregunta de si no me estoy teniendo demasiada autocompasión. ¿Realmente soy una víctima colateral? Entonces recuerdo al polaco Zygmunt Bauman, que dice que en el término “daño colateral” —aunque recientemente instalado en el vocabulario militar y de desastres naturales—, que refiere a los efectos no intencionales ni previstos o, peor aún, a los riesgos que valen la pena pagar, se esconde, muy en su médula, la verdad de la desigualdad, pues de los más desprotegidos son los nombres que ese concepto encubre. Y me contesto que sí, aunque ahora no parezca una tragedia griega de dimensiones escandalosas, e incluso si es verdad que el recorte que amenazaba a la Fonoteca Nacional respondía a las políticas de austeridad del Gobierno para tratar la pandemia y no a un apretar de cinturones para migrar el mayor número de recursos al Proyecto Chapultepec, que ese año obtuvo cerca del 40% de los recursos totales destinados a la Secretaría de Cultura, como bien quedó publicado en el Diario Oficial de la Federación.

En ambos casos, el de una pandemia o un megaproyecto, los trabajadores de Capítulo 3 000 podían pagar la austeridad o el capricho del Estado con sus propios trabajos, su hambre, su miedo, sus angustias e incluso su muerte. Aún recuerdo las últimas palabras que le dije por teléfono al director de la Fonoteca Nacional: “Sé que siempre has hecho lo mejor para la institución, pero si los trabajadores deciden tomar postura, están en todo su derecho”. Y él me contestó: “Estoy consciente de ello y lo asumo”.

El humano es un ser hecho de contradicciones. Hoy, a pesar de saber que necesito conseguir empleo antes de que se terminen mis ahorros, no me he levantado de la cama. Cinco rechazos e infinitas promesas. En los pe-



Kevin Aragón

riódicos han dicho que la Fonoteca Nacional ha recibido el reconocimiento Memoria del Mundo de México que otorga la UNESCO por el acervo del doctor Álvaro Gálvez y Fuentes. De nuevo el director habló de la urgencia de preservar los archivos sonoros que a cada instante están en riesgo de desaparecer. El mismo discurso que le escuché decir hasta el cansancio en cada una de sus entrevistas y conferencias o eventos burocráticos.

Dejo caer el celular pesadamente sobre las sábanas. Una vez más los fotogramas aparecen y miro al director de la Fonoteca Nacional decirle al vocero del colectivo que la falta de trabajadores no afectaría la preservación del acervo ni del patrimonio sonoro de México. Él siempre se ha llamado a sí mismo de izquierda y profesó

durante muchos años un marxismo que yo admiré desde mis tiempos como estudiante. ¿Quién si no los trabajadores son los encargados de preservar todos esos archivos, encontrarlos, catalogarlos, digitalizarlos y difundirlos?

Es imposible saber la cantidad de acervos que se han perdido en algún rincón, pudriéndose, porque durante la pandemia se tuvieron que limitar todas las actividades “sustanciales” de la Fonoteca Nacional. Ése es, tal vez, el daño colateral más significativo. El mismo director y otros han difundido que se estima que para esta década se perderá el 30% del patrimonio sonoro europeo, mientras que el 50% de América Latina. Incluso la UNESCO ha lanzado alertas para digitalizar todo el archivo documental posible en cintas de carrete abierto

antes de 2025 para asegurar su preservación. La urgencia no era ni es ni será sólo presente, sino también futura.

IV

De nuevo la abulia, paralizado en este departamento que no me pertenece, aprendiendo a medir el papel de baño, la pasta de dientes, los garrafones de agua, los granos de arroz y las hojuelas de avena. Vivo en mí la austeridad republicana. Unos me dicen: “Algo saldrá”, “No desesperes”, “Dios te pondrá donde tienes que estar”. Otros, los más sensatos, me han recomendado encontrar un trabajo de lo que sea, empezar a generar, aunque sea en algo que no esté relacionado con la comunicación, la literatura o la cultura: “En México sólo se muere de hambre el que quiere”.

Tal vez por ese mismo sentido común es que a principios del año, durante los últimos esfuerzos del colectivo por reclamar condiciones dignas de trabajo, la mayoría de los compañeros prefirieron aferrarse al silencio, con la esperanza de que los llamaran de manera individual para que los contrataran por un sueldo y actividades reducidas, como lo fue durante 2021. Sin embargo, ese comportamiento no es nuevo. Desde la creación de la Fonoteca Nacional en 2008, en la boca de los “prestadores de servicios profesionales”, cada fin de año se yergue un cristo de angustias por no saber si serán contratados, que luego hace esfuerzos en su cruz, para volverse enojo y molestias, porque no reciben pago casi hasta mayo del año siguiente. Y entre los trabajadores, como un fantasma que recorre los pasillos de la Casa Alvarado, se comparte la idea de levantar la voz, pero luego el fantasma se vuelve sólo un relato antiguo cuando comienzan a caer los primeros pagos y al fin se puede comenzar a pagar las deudas acumuladas y vivir medianamente.

Los entiendo a cada uno, aunque encuentro inaceptable esa dialéctica que se ha vuelto el mejor método de sometimiento: establecer la mayor incertidumbre para vender las esperanzas al menor precio, con la amenaza latente de perderlo todo. Esta situación me recuerda al narrador de “El pozo y el péndulo”, de Edgar Allan Poe, que entre la oscuridad encuentra un enorme



Kevin Aragón

agujero en el que puede caer y piensa que puede haber cientos más, donde perdería toda esperanza de escapatoria. Así que decide no moverse, no hacer nada, pisar seguro, aunque luego se da cuenta de que, de quedarse así, permanecería de igual modo en un pozo aún más grande y profundo.

V

Ya han pasado tres meses desde que me dijeron que “no requerirían mis servicios” para este año. Desde entonces todo ha sido ver caer en el olvido lo que hicimos para defender nuestros empleos y el patrimonio sonoro de México, aunque veo con felicidad que logramos mucho. Nadie del colectivo me ha llamado para saber cómo estoy o si ya encontré algún empleo. Alguien me dijo que



esto sucedería: “nadie va a saltar por ti”, “nadie te va a recordar”.

Lo supe siempre, aunque tengo que reconocer que fue gratificante luchar por algo que creí justo, sentirme un pequeño Che, un minúsculo Allende, un diminuto Revueltas, entre el laberinto de *El Castillo* de Kafka. Había un placer en poder ser parte funcional de un fragmento de la historia de México. Me parece curiosa la coincidencia, mi nombre también empieza con la letra K.

En febrero recibí una llamada de una conocida para decirme que un amigo suyo, periodista, quería tener una entrevista conmigo para hablar de todo lo sucedido. Le dije que no, que ya no quería pugnas ni reveses. A los pocos días mi nombre apareció impreso entre las páginas de la revista *Letras Libres*; el periodista que siempre es-

tuvo rondando al colectivo muy de cerca, pero en silencio, hizo la relatoría de todos los hechos, con lujo de detalle, terminando así: “En tanto, Kevin Aragón, encargado de medios de comunicación y uno de los líderes que encabezó la creación del colectivo, fue notificado de que no se le recontractará. La Secretaría de Cultura quiere desactivar el Colectivo Fonoteca 3 000”.

Escribo esto pensando en lo que sentí en ese momento: una parte de mí se agitó llena de furia y temor ante las consecuencias inmediatas que podía tener ese artículo para mi vida laboral; yo siempre quise estar en la sombra. La otra se sintió orgulloso por ese renglón que da nombre a ese cuerpo que levantó la voz junto con sus compañeros. Tal vez, para la memoria no todo fue en vano. **P**



Kevin Aragón



Alan Prats



Mercado bursátil

MANLIO D. M. A.

Para Yuriria

Me hablas de tus últimos días,
de lo cansada que estás, aunque apenas es martes,
y lo difícil de aguantar sola esta cuarentena

mientras los millonarios se preocupan por su varo
y en los noticieros insisten en que nadie debería estar fuera,
aunque para mucha gente sea imposible

afortunadamente no para nosotros,
y usamos el tiempo para imaginar que la bolsa
y los mercados internacionales
son como nuestros sentimientos

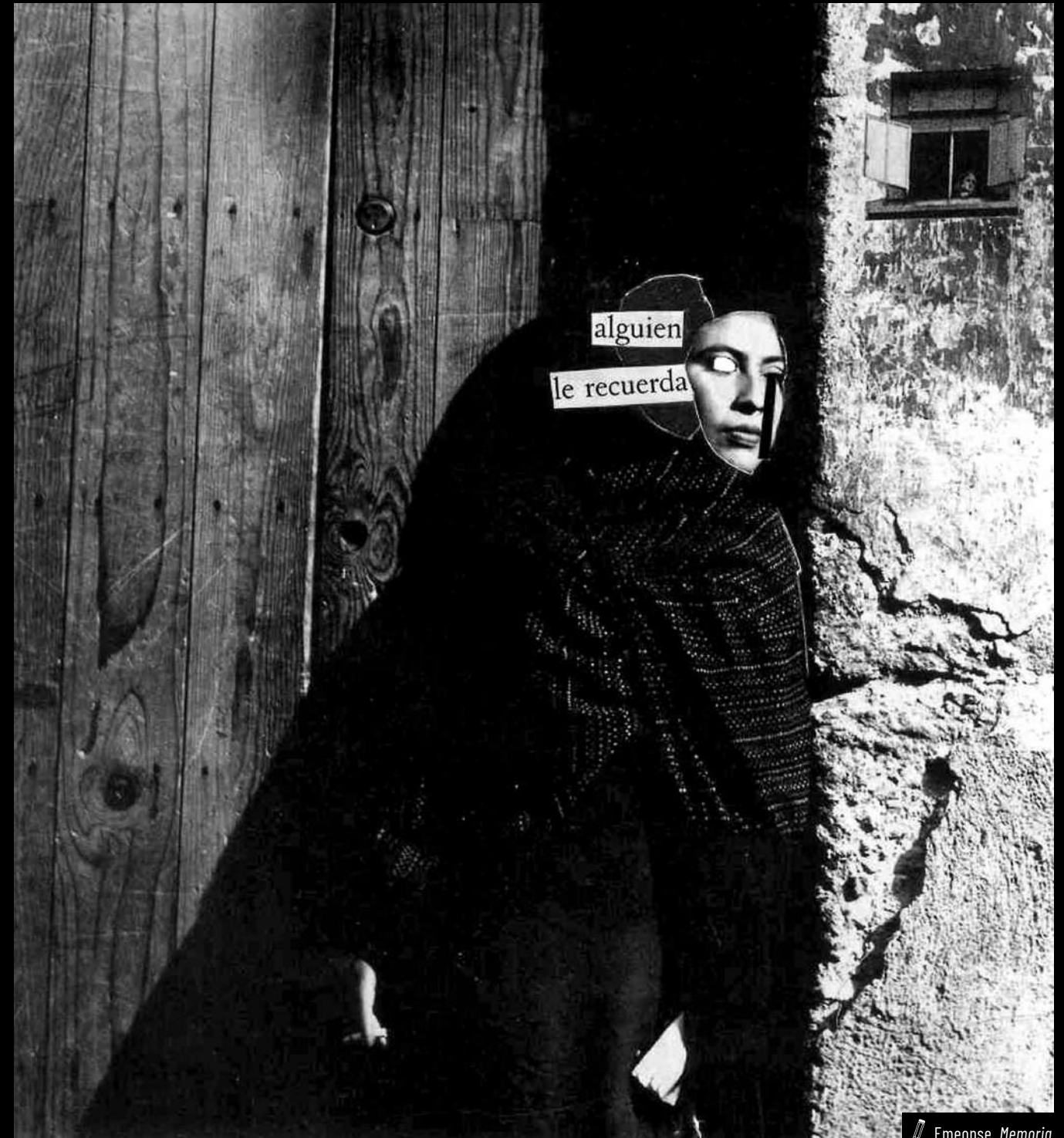
como adolescentes acostumbrados a la inercia de la felicidad
y a la velocidad del crecimiento en valor de las acciones,
de los dividendos del trabajo asalariado

adolescentes que cuando están tristes o asustados
prefieren la liquidez de las lágrimas o el efectivo,
pues quizá ahora todo siempre vaya para abajo

incluso en Google descubrimos un índice
que calcula el miedo de las fluctuaciones
y que en Guayaquil los cuerpos de las gentes
se pudren en las calles

la sabiduría (según el poeta)
consiste en no cerrar los ojos durante la caída:
No olvides respirar profundo, amor,
y disfrutar de los días, a veces
resistir también es perder

y yo me pregunto *¿qué vas a hacer tan sola hoy?*
yo sólo quiero estar con vos,
sólo estar un rato más con vos





El regreso

MARISOL NAVA

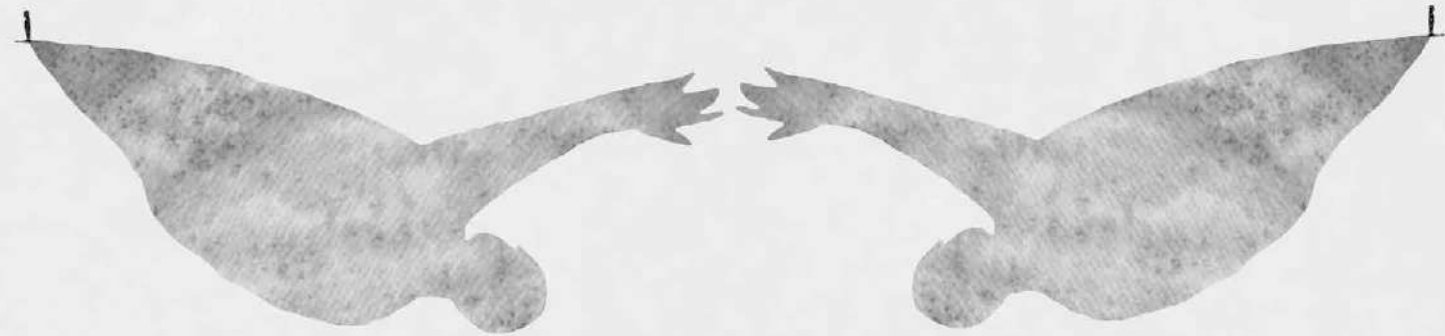
Limón y Horchata

Toda mi vida he tenido un sueño recurrente: alguien o algo me persigue, y aunque yo me esfuerce en correr lo más rápido que puedo, avanzo lento, temiendo que aquello que me sigue a toda velocidad me alcance en cualquier momento. Por mucho tiempo interpreté esto como una consecuencia del estrés provocado por la rutina. De acuerdo con los resultados que me mostraba Google, aquella amenaza de la que me advertía el subconsciente era sólo una representación de las numerosas tareas e incontables pendientes que me atormentaban día con día. Lo cierto es que estaba entendiendo todo al revés. Todas estas presiones cotidianas no eran el problema, sino el escape.

La llegada de la crisis sanitaria me arrebató la inquietud imparable a la que estaba acostumbrada, tanto física como mentalmente. De repente me vi estancada, no sólo porque no podía salir de casa, obligada a desempeñar toda actividad a través de la pantalla de una computadora, sino también porque la modalidad de clases en línea se llevó tanto mi capacidad como mi motivación para aprender. Después de varios meses de haber perdido la irónica estabilidad que encontraba en el dinamismo constante de la vida académica, me empecé a perder, por lo que intenté encontrarme de nuevo tratando de recapturar esa familiaridad desaparecida.

Conseguí un empleo de ocho horas diarias con la intención de saciar la urgencia de movilidad. También tomé una posición como becaria en una revista académica, pensando que esto se sentiría como regresar a la escuela, a la complicada y confusa charla de los eruditos. Al cabo de un par de meses con esta nueva rutina, comencé a tener ataques de ansiedad frecuentes y episodios en los que no podía parar de llorar por horas. Cuando ya no pude resistir más, decidí renunciar, lo que me dejó completamente derrotada y desorientada. Aún recuerdo salir por la puerta de ese helado edificio de oficinas y cubículos, encender un cigarro y romper a llorar sobre la banqueta. ¿Qué hacer ahora? ¿Acaso era incapaz de seguir adelante? ¿Cómo regreso a ese refugio que era la vida antes del covid-19?

Más que nada, extrañaba la sensación de progreso que me brindaba mi vieja rutina, la cual consistía en, primero, trasbordar de Buenavista a Guerrero para luego dirigirme a Universidad mientras leía un libro o escuchaba algún podcast; segundo, llegar a mis clases de alemán y tener una o dos horas libres para comer en algún lugar cómodo de las Islas desde



Solo quiero recordar que soy más que un sueño...

Encuentro

el cual pudiera ver a las personas pasar y, finalmente, tomar mis clases de literatura, que terminaban cuando el cielo ya estaba oscuro. A causa de toda esta actividad, en cuanto lograba ocupar un asiento libre en el metro, terminaba dormida. Pero a veces, si administraba bien mi tiempo y mi dinero, podía asistir a un coloquio, un bazar o ir a ver una película a la Cineteca Nacional.

Así que, motivada por la nostalgia que me provocó la llegada del invierno, lo único que se me ocurrió fue volver a Ciudad Universitaria, pues era época de cierre de semestre. Mi mente no dejaba de viajar a aquellos días cuando las hojas de los árboles caían teñidas de tonos rojizos y yo caminaba sobre ellas, mientras me apresuraba para llegar a tiempo a clases y entregar los ensayos finales a los que les había dedicado largas noches de desvelo. Cada año, este ritual inspiraba la sensación de que, a pesar de que este preciso momento estaba llegando a su fin, a la llegada del verano se volvería a repetir.

Cuando me subí al tren suburbano esa mañana para emprender aquel familiar viaje de tres horas desde el Estado de México hasta el campus central, me imaginaba que, una vez que volviera a hacer la caminata desde la estación del metro Copilco hasta la torre de Rectoría, encontraría en sus

terrenos de piedra volcánica eso que me hacía falta, el motivo por el que ahora me sentía tan vacía, aquellas sensaciones que se habían quedado atrapadas allí desde la última vez que había recorrido los pasillos de mi facultad. Sin embargo, lo que encontré al llegar a este lugar de recuerdos añorados fue un pueblo fantasma. El bullicio de los estudiantes, maestros y académicos había desaparecido sin dejar rastro. En su lugar, uno que otro hombre en traje caminaba lentamente por las explanadas, mientras el pasto, antes verde y saludable, ahora se miraba amarillo, árido y descuidado.

De cierto modo me vi reflejada en esta nueva escena: desierta, desolada, triste.


Filosofía y Letras mostraba aún en sus ventanas las marcas del último paro suscitado por la necesidad de cambios sumamente importantes. Así, recorrí el famoso Tren de las Humanidades de regreso al metro Copilco, pasando por la Facultad de Derecho, en donde solía encontrarme con Ana para pasar el rato en mis tiempos libres. Mientras procesaba este nuevo duelo con el llanto atorado en la garganta, me di cuenta de que lo que extrañaba no era el lugar, sino a la persona que era yo mientras lo habitaba en aquellos días ya lejanos. Ahora miro con nostalgia a la joven estudiante con hambre de conocimiento que tenía la motivación para levantarse todos los días a hacer ese largo recorrido en transporte público, leía vorazmente y corría de un lado para otro a través de las Islas, soñando con algún día convertirse en una persona de mucho saber. De ella era de quien estaba orgullosa su familia y quien tenía un largo camino por delante.

No obstante, el vacío que me dejó esta travesía también me hizo ver que aquella persona había vivido su vida huyendo. Siempre saltando de una rutina a otra intentando escapar de forma desesperada de todo lo que la lastimó en el pasado; yendo de un lado a otro con heridas que no habían sanado, esforzándose por ignorarlas. La validación académica, la prisa de la vida cotidiana y el contenido de los libros, aunque pesados, eran sólo distracciones.

Así, recordé la última vez que caminé por los pasillos de la Facultad de Filosofía y Letras. Señales de protesta se podían apreciar en las paredes. Era claro que una fuerza colectiva había surgido y que había llegado el momento de un cambio radical, pero yo estaba muy ciega para verlo venir. Así como ocurrió en este lugar que transitaba todos los días, mi vida había entrado en un paro total, pues había que implementar muchos cambios. Me di cuenta de que aquella amenaza de la que me advertían mis sueños finalmente me había alcanzado y, sin tener otro lugar hacia dónde correr para esconderme, entendí que había llegado el momento de enfrentarme a todos los demonios que ya se habían cansado de gritar mi nombre por tanto tiempo.

Ese día, al regresar a casa, tomé un baño, pues, como dijo Sylvia Plath “debe haber muy pocas cosas que un baño caliente no pueda curar”. Después de salir y cambiarme para dormir, me metí a la cama y, bajo el confort

de las cobijas, recordé que la última persona con la que hablé antes de toda esta turbulencia fue el chico que me gustaba. Habíamos estado intercambiando miradas y sonrisas tímidas por demasiado tiempo, por lo que aquel martes decidí darme la oportunidad de dejar el miedo atrás y por fin dar el primer paso. No charlamos sobre nada en particular, pero nunca podré olvidar lo último que le dije ingenuamente: “Nos vemos la próxima clase”. Fue una afirmación, no para él, sino para mí, de que ahora poseía el valor necesario para hacer algo que antes me había parecido inconcebible; una promesa de que la vida podría mejorar.


Volví a Ciudad Universitaria, y a pisar un salón de clase, después de dos años llenos de pérdida e incertidumbre. Afortunadamente, esta vez el regreso fue distinto, pues ya no era el mismo lugar; tal vez porque ahora tanto los espacios como todos los que circulamos en ellos nos habían adaptado a una nueva realidad, pero también porque yo había cambiado. No sólo me perdí a mí misma, sino también a personas importantes que se llevaron consigo grandes partes de mi alma. Pero, en retrospectiva, el efecto colateral más significativo de estos tiempos oscuros fue que me forzaron a detenerme para poder llevarme hacia un territorio no explorado. De cierta manera, mi camino se tuvo que desviar para que yo pudiera empezar de nuevo y encontrarme realmente. Mientras tanto, el sol de primavera comienza a asomarse detrás del Estadio Olímpico Universitario y, así como después de la lluvia los árboles cobran vida otra vez, espero hacerlo yo también. 

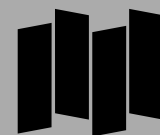


Tu y yo





 Roberto García



CARRUSEL

CUENTAGOTAS

PÁJAROS

HEREDADES

ROCÍO GONZÁLEZ: LA FRACTURA DEL INSTANTE

ENTRE VOCES

FERNANDA TRÍAS: EN EL ENCIERRO HAY QUE ENFRENTAR A LOS DEMONIOS PERSONALES

BAJO CUBIERTA

DEJA QUE *POLIFÓNICA* TE LLENE DE VOCES LA CABEZA





Pájaros

JOAQUÍN FILIO

Emeonce. *Cuerpo*

Los escuché trinar con soberbia en su pecho una tarde de primavera. Se le enredaron las calandrias en el pelo; comenzó a hablarles somnolienta a las golondrinas. A veces me miraba aún coronada de aves, radiante, sin atisbo de la fragilidad del pasado. Cuando revoloteaba su pensamiento entre pesadillas, despertaba a la mitad de la tormenta de la habitación sólo para demandar un poco de franqueza. Antes de acostarnos a dormir me miraba con un odio secreto, especulativa, toda búho. Poco a poco me acostumbé al desastre natural de sus plumas durante el otoño, siempre a la espera de un rencor añejo, un reclamo ausente. Desde que los cuervos le sacaron los ojos comenzó a ignorarme. Se le subieron los pájaros a la cabeza. Los tordos de sus manos abandonaron el vuelo y de tan viejos se quedaron pardos, envueltos en cicatrices. Debido a la falta de amor propio, un concierto de canarios la acompañó en el autobús de vuelta a casa. El polvo ya no le escarchaba el cuerpo como antes. Y ahora que la mañana nos tiene de rehén y que las orquídeas obsequian su cadencia vuelve su abrazo gaviota a enjaularme con un café de lunes. Mientras que yo, celoso, posesivo, me descompongo entre las ojeras del sueño y bajo los colibríes de su espalda. No nos queda más que la luz matutina y la promesa del vuelo futuro. Pronto será tiempo de migrar al sur y yo con la mirada puesta en la ventana. ☐

Rocío González: la fractura del instante

PERLA MUÑOZ CRUZ

*Sofía descompuso los relojes y se nos vino encima la eternidad,
con sus demonios y sus grillos y sus lágrimas gordas y toda su pereza.*
Rocío González

¿La escritura no es acaso la obstinación del hombre por petrificar esta eterna caída del instante? ¿Y no es también un espejo accidentado de nuestros vicios? Las metáforas de la vida se escriben con el pulso irremediable de la sangre, con el tormento de los días. Ése es su verdadero color. Y es la poesía de Rocío González (Juchitán, Oaxaca, 1962 - Ciudad de México, 2019) una puñalada (no sin elegancia femenina) a los rutinarios días del hombre superfluo. En ella los vicios son las palabras que, como luciérnagas inquietas, juegan sobre el telar blanco de lo intempestivo.

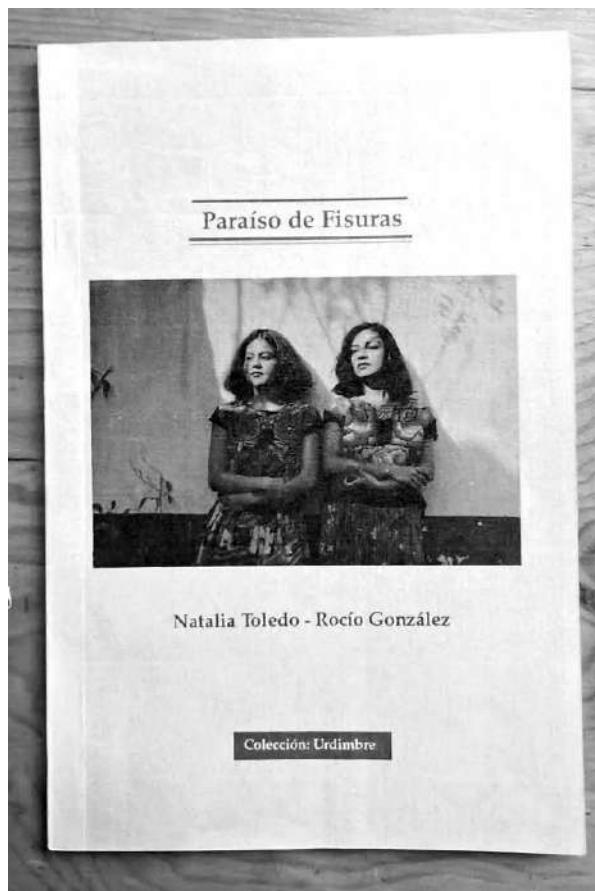
¿Oler toda esa noche enorme como un océano!
Olerla en cada frágil nota de esa otra danza
voluptuosa y exacta de la selva.
Oler mi soledad silvestre
ante la luna abigarrada de sonidos.

¿Pero qué es lo que ha permanecido en las garras del tiempo? De Rocío González, dicen sus hermanas poetas, era su sonrisa una constante, otra forma de cautivar y de estar en la vida. Ella nació *bajo el predominio del color rojo*, durante el otoño de 1962. Fue un 21 de septiembre en esa otra ciudad de Oaxaca, Juchitán de Zaragoza, el lugar de las fiestas eternas. Su infancia transcurrió en Callejón Vino Jiménez, en una casa de muros anchos y una puerta de madera gruesa. En su jardín había columpios y ella jugaba. Desde muy joven se sintió atraída por la lectura y sus inclinaciones hacia la escritura fueron tejiéndose, quizá en parte por



Alberto Tosalín

los designios del universo y la suma de adversidades que configuraron su visión del mundo. Entre ellas la muerte de su hermano Amadeo, cómplice íntimo en el quehacer de metáforas. Los sentimientos de soledad y



desconcierto ante la vida acecharon en sus primeros versos. La literatura se convirtió en un hogar de consuelo y al mismo tiempo una entrada hacia al abismo. *Paraíso de fisuras* fue su primer poemario oficial publicado en 1992, en colaboración con otra de las grandes voces de Oaxaca, la poeta juchiteca Natalia Toledo.

No encuentro nada en esta superficie
sino surcos de tiempo sobrepuesto,
andamios y asideros ajenos.

La vida de la poeta me resulta como una vereda escabrosa hacia un jardín secreto. Trato de seguir el mapa fracturado de una de las poetisas más sobresalientes de Oaxaca. Sus obras están desperdigadas en publicaciones locales ya inexistentes, revistas inconseguibles,

ediciones limitadas. En mis manos tengo una publicación modesta que hizo el Instituto Oaxaqueño de las Culturas en 2004, titulada *Pasiones tristes*. Es una antología de las muchas en las que colaboró Rocío González: entre ellas, la selección de Juan Domingo Argüelles, *Antología general de la poesía mexicana* (Oceáno, 2014), *Poesía en la facultad*, seleccionada y prologada por Elsa Cross, Federico Patán, Eduardo Casar y Hernán Lavín Cerda (UNAM, 1992), *Poesía orgánica*, una compilación que realizó Rocío Cerón (Ediciones Urania/IPN, 2000), *Cartografía I y II de la literatura oaxaqueña actual*, publicada por la editorial Almadía en 2007 y 2012 respectivamente.

Poco a poco se comienza a entrever un rostro y una pasión. Una vida bifurcada entre el rigor académico y la entrega pasional de la creación. Alguna vez escuché la sentencia egoísta de la escritura: "O vives para ella en su totalidad o te dejas caer al primer balazo. Ella no acepta nada a medias". Pero para la poeta las dos acepciones fueron un complemento. Rocío González migró a la Ciudad de México a estudiar Literatura en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM. Realizó un doctorado en Literatura Latinoamericana y un posdoctorado en la misma casa de estudios, de la que recibió en 2003 el reconocimiento por su trayectoria académica, la medalla Alfonso Caso. Vivió en el viejo nombre de Distrito Federal, la ciudad de la locura, del hombre mecánico, de los días iguales. Dio clases y escribía. Nunca dejó de hacerlo. Cuando visitaba el vientre familiar, impartía talleres en la inolvidable Casa de la Cultura de Juchitán.

Sus poemas van apareciendo en diversos medios, como *Ciclo literario*, *Hojas de utopía*, *Ojarasca*, *Revista de la Universidad* y *Blanco Móvil*, entre otros. En 1992 y 1996 obtuvo el apoyo del FONCA, y en 1998 el beneficio del FOESCA Oaxaca. La batalla entre la vida académica y la vida creativa.

De ella no conozco más que gestos, fragmentos, ausencias y el encuentro fulminante con una invasión maligna reclamando su cuerpo, fragmentando el lenguaje, violentándolo, disgregando el recuerdo, y ella, reconstruyéndose con la libertad que sólo la poesía pudo comprender. *Neurología 211* (Trilce, 2013) es un retrato brutal sobre ese otro cuerpo llamado astrocitoma, esa "materia gris envuelta en rojo latiendo bajo la tensa

piel que soy, que somos...". Una extirpación también de toda regla comunicativa, estrecha y lánguida para transitar, no sin cierto vértigo, no sin cierta belleza, en la consciencia del sufrimiento y el horror. La locura y la desesperanza se mantienen fuera de toda regla gramatical.

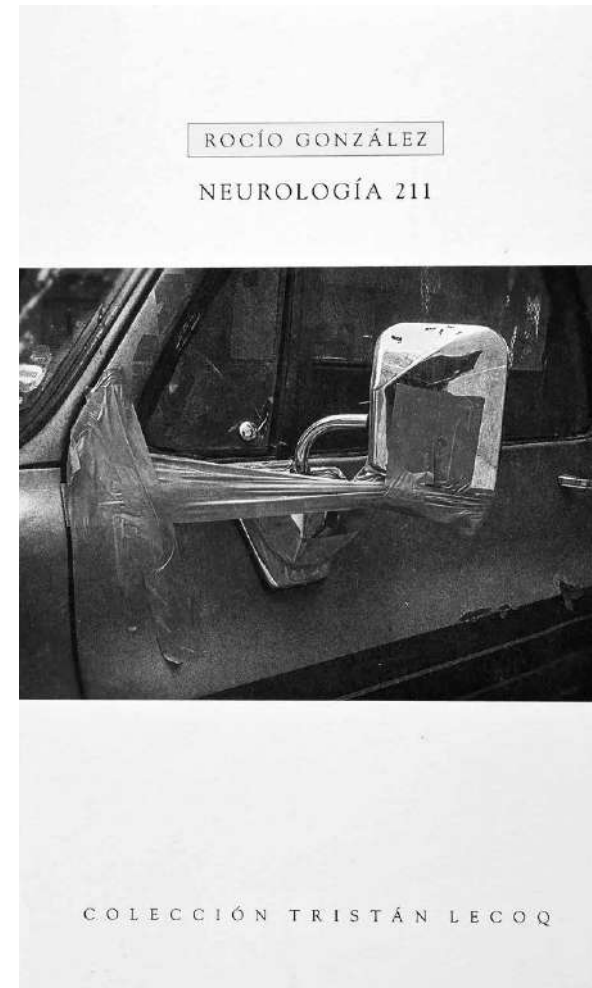
En *Las ocho casas* (Premio Latinoamericano de Poesía Benemérito de las Américas 1998) y en *Lunacero* (Premio Nacional de Poesía Enriqueta Ochoa 2001) brotan los versos desde lo vivencial, desde lo íntimo. La voz lírica va descubriéndose en una red de imágenes que desgarran la memoria, las soledades y las ausencias. Las palabras que surgen de ella no son contemplación, sino hundimiento. El tono confesional lo es a medida que desea darle forma a una realidad que tiende a ser inaprehensible. De las entrañas se enciende la llama del entendimiento.

Mi hermano es el alfabeto y ha
descifrado a la muerte.
En su lugar está la sombra de los
árboles
en las calles de siempre.
Ellas me devoran, me encarnan
y son, a mi pesar, la incomprensible
eternidad.

En *Las ocho casas* existe el eco fantasmal de su hermano Amadeo. A modo de epígrafe, cada puerta se abre con el conjuro de sus recuerdos: casas habitadas por la melancolía y la desesperanza que trazan el semblante de la misma poeta, los paisajes familiares de su vida.

Pero yo sólo veo estas paredes
desgajando su piel de cal y tiempo,
estas paredes grises que me enredan
con razones urgentes,
Quiero ponerles tinta.

Existe un eco minúsculo de pesimismo romántico, con sus rastros introspectivos. Pero Rocío busca una provocación, una explicación de su mundo a través de la poesía o, mejor dicho, construir poéticamente otra posibilidad de ser y habitarla. Su ensayo *El lenguaje como resistencia* (Praxis, 2008) es un recorrido por las ideas



de los filósofos modernos y posmodernos, un atrevido texto crítico que despierta la pregunta: ¿para qué es mi vida? ¿Es posible gozar la experiencia estética en cada acto de nuestra cotidianidad? Rocío apuesta por lo "mántico de la poesía", el goce verbal del neobarroco. Araceli Mancilla, hermana de poesía de Rocío González, afirma que:

"En este libro nos conduce de la mano de filósofos y pensadores de lo que se llama la posmodernidad, hacia los territorios que configuran el lenguaje literario y artístico, como un terreno de absoluta libertad, donde el sentido de la existencia, que parece perdido



Alberto Tovalín. Rocío González y Natalia Toledo

en nuestros días, encuentra un espacio de invención y vinculación, interna y externa, amplio y poderoso; donde el lenguaje que expresa el «extremo ardor» del instinto y del misterio de la vida es el lenguaje poético.

Rocío González exploró también un diálogo con el público infantil. En 2010 publicó *León panza arriba*, en cooperación con el IEPPO. En sus demás títulos, *Azar que danza* (Aldus, 2006), la plaqueta *Ángeles en vilo* (1993), *Interiores del tiempo* (Praxis/Fundación Guiée Xhúba, 1995) y *Vislumbre* (Ediciones Arlequín, 1999), aparecen ciertas constantes, ciertas manías (ese resquebrajo): las palabras se resquebrajan, desarmando el significado común y convirtiéndolo en un artilugio del corazón, misterioso, oscuro, revelador. Rocío González indagó en los laberintos de esa casa que fue su memoria, en las habitaciones del dolor, para construir los cimientos de una lírica que dialoga consigo misma y, al mismo tiempo, confecciona lazos con el otro. Encuentros fatales, pero también necesarios. En ella encontró la llave del mundo: el amor y la esperanza. **P**



Fernanda Montoro

Fernanda Trías:

En el encierro hay que enfrentar a los demonios personales

URIEL DE JESÚS SANTIAGO VELASCO

Fotografías cortesía de Fernanda Trías

(INVERO)SIMILITUDES

*“Ya me han llamado bruja, ya me han dicho que predije la pandemia”, bromeó Trías al recibir el Premio de Literatura Sor Juana Inés de la Cruz en la pasada edición de la FIL Guadalajara, pues su novela *Mugre rosa*, concluida en 2019 y publicada a finales 2020, es la historia de una mujer que vive un confinamiento debido a una “plaga misteriosa” que azota su ciudad portuaria, obligándola al ir y venir de silencios que la llevan a reflexionar, recordar e intentar responder a las crisis existenciales de la enfermedad, la vida y la muerte, en medio de un avasallador bombardeo de información que en nada ayuda a su soledad radical, una situación inverosímilmente parecida a la que la humanidad ha vivido con la pandemia de covid-19.*

*Antes de escribir *Mugre rosa*, la escritora uruguaya releyó *La peste* de Albert Camus, un libro que había leído muy joven y que, asegura, le generó el mismo impacto, pues expone distintas reflexiones sobre la actitud que toman las personas ante situaciones críticas. “Es como un muestrario antropológico de cómo distintas personas reaccionan”, asevera. Algunas de manera altruista exponiendo su propia vida, otros de forma más individualista, otros queriendo huir, otros poniendo en duda la enfermedad. Más allá de la gran coincidencia con su libro, ella nos sumerge a las preocupaciones de esta época histórica que están tocando a los creadores de su generación y probablemente a los que vienen detrás.*

La escritora Fernanda Trías (Uruguay, 1976) concibe la literatura como resultado del diálogo entre libros, autores y experiencia; en este hilvanar de palabras y recuerdos ha publicado con gran éxito las novelas *La azotea* (2001), *Cuaderno para un solo ojo* (2002), *La ciudad invencible* (2014) y *Mugre rosa* (2020) que le ha valido el Premio de Literatura Sor Juana Inés de la Cruz 2021 y el Premio Nacional de Literatura en su país, consolidándose como una de las autoras latinoamericanas más destacadas en la actualidad.

Luego de un intercambio de correos, finalmente logré concretar una videollamada con la narradora, que se conecta desde su casa en Bogotá, Colombia, donde actualmente radica y trabaja como profesora de Creación Literaria en la Universidad de los Andes. Se muestra sonriente y amable, viste una blusa blanca de manga larga y rayas grises; en el fondo se alcanza a observar un librero y un pasillo, por el que se asoma un paisaje montañoso y, a ratos, el transitar de algunas personas en la casa.



¿Cree usted en la casualidad?

Creo en la causalidad, pero es complicado de explicar. No es casualidad un malestar así, que tiene que ver con angustias relacionadas a cosas que estamos viviendo como sociedad y como especie. Creo que justamente lo que demuestra que no es casualidad es que otros autores han sentido la necesidad de escribir sobre cosas similares; y en ese contexto tampoco es casualidad que ocurra una pandemia, desde hacía tiempo se sabía que en cualquier momento podía venir una peste como siempre ha habido de manera cíclica en la historia.

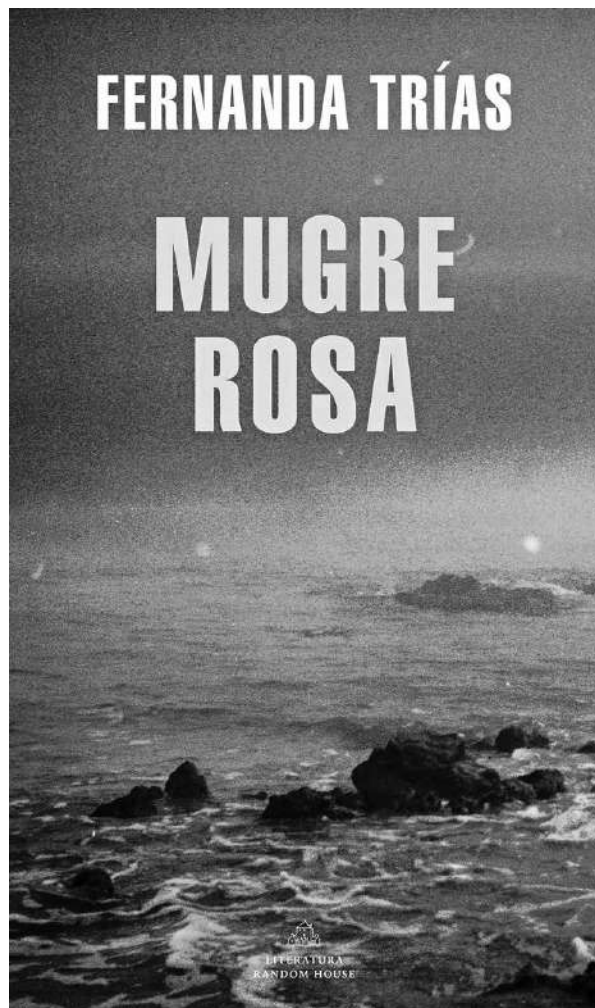
LA LITERATURA Y LA PESTE

La enfermedad, la peste y el encierro siempre han interesado a la literatura. ¿Por qué cree que suceda eso?

Yo creo que todo lo que tiene que ver con la humanidad le interesa a la literatura, porque está todo el tiempo pensando a las personas de manera individual, colectiva y en relación con su contexto y entorno. No hay tema que no sea llamativo para la literatura mientras haya un conflicto; por supuesto una epidemia se presta para un montón de conflictos que revelan la esencia de lo que somos, y lo interesante es pensar esas profundidades del corazón humano. En esos momentos en que nos enfrentamos a la vida y la muerte con decisiones vitales es donde está el conflicto.

¿Fernanda Trías descubrió cosas de sí misma durante esta pandemia de covid-19?

Sí, creo que todos descubrimos algo de nosotros mismos durante estos dos años de pandemia si teníamos los ojos abiertos, obviamente siempre se puede mirar para otro lado, pero llega un punto en que es más difícil. Yo creo que estuve en las mismas encrucijadas que todo el mundo, haciéndome preguntas y tratando de ir tomando decisiones que eran ciegas porque todos estuvimos enfrentados a una realidad que era completamente desconocida, con una información que iba cambiando constantemente. Te estoy hablando



de la pandemia, pero parece que te estoy hablando de la novela (sonríe) porque ahí también hay información contradictoria, nueva y cambiante; no se sabe qué fuentes son confiables. [La pandemia] me sirvió para enfrentarme a mis propios valores y decir yo, *Fernanda la escritora*, sacrifiqué libertades y muchos deseos de hacer cosas por mi convicción de que nos tenemos que resguardar entre todos, que tiene que haber una solidaridad colectiva.

LA MEMORIA, GUARDIANA DE LO PERDIDO

Al estar encerrados, los personajes de Mugre rosa empiezan a hurgar en la memoria. ¿Por qué es tan importante este recurso en esos momentos en los que no hay ruido, sino silencio?

Toda la estructura de la novela está pensada en torno al mecanismo de la memoria como algo fragmentado, como esquirlas del recuerdo que llegan y que podrían ser estos diálogos, estas conversaciones sueltas que de pronto recuperamos del vacío del olvido. Todo dialoga con el tema de la memoria, que es importante por su capacidad de resguardar algo que ya no está. Este era mi razonamiento cuando estaba escribiendo. Yo pensaba: si hay una catástrofe ambiental, el mundo tal cual lo conocí va a dejar de ser, y alguien va a tener ese rol de dejar testimonio de eso que nunca volverá a estar. La

protagonista de *Mugre rosa* es una de esos testigos anónimos o individuales que insiste en recuperar ciertos recuerdos en una suerte de duelo personal, pero también podemos pensar que es algo mayor, algo colectivo, donde nos preguntamos: ¿qué vamos a hacer con esos recuerdos, con todo ese mundo que va a dejar de existir y con la transformación general del ecosistema?

¿Entonces se escribe para preservar los recuerdos?

No sé, la verdad; creo que esa es una de las tantas cosas que permite la escritura. Podríamos pensarlo como un consuelo de tontos o tal vez no, tal vez sí es importante resguardar y transmitir ese pasado a otros que no van a poder tener acceso a él, tal vez justamente gracias a eso es que van a poder reflexionar críticamente sobre lo que pasó y pensar cómo enfrentar otras cosas que puedan ocurrir en el futuro. Me pregunto si es ingenuo,



pero yo todavía creo que la memoria tiene esa función de ayudarnos a evitar cometer los mismos errores del pasado para construir un mundo mejor.

EL ENCIERRO CATALIZADOR DE LA INTROSPECCIÓN

En La azotea y Mugre rosa está muy presente el encierro. ¿Qué significa para usted o por qué le llama la atención?

Me parece que es un escenario muy interesante para los conflictos humanos, un espacio cerrado tiene algo teatral que permite que nos concentremos en las interacciones, las emociones y los conflictos más sutiles; incluso diría que potencia una introspección, impulsa a ir hacia adentro (ya que no se puede ir hacia afuera), pero sobre todo hacia la memoria. Utilizamos ese tiempo detenido que es el encierro para viajar hacia atrás, recordar y reconstruir; a mí lo que más me interesa en la escritura son esas cosas sutiles del alma humana, esas tensiones que pueden ocurrir en la cotidianidad cuando se tiene que convivir con otro alguien.

¿Entonces el encierro es una fuente de creatividad para su obra?

Ahora con la pandemia todos hemos tenido una experiencia de encierro, y creo que todos podemos conectar de una manera excelente con estos textos [*La azotea* y *Mugre rosa*] porque en ambos hay esa experiencia, que además me interesa porque los escritores siempre tenemos algunos temas en los que nos repetimos y nos exploramos desde distintos ángulos hasta el hartazgo. Por ejemplo, el encierro en *La azotea* es voluntario y surge de una amenaza imaginaria, mientras que en *Mugre rosa* no lo es porque surge de una amenaza completamente real, el viento rojo y tóxico que está afuera, entonces son dos tipos de encierro que tienen puntos en común.

Hay un montón de reflexiones que me interesan, como el paso del tiempo. En la pandemia sentimos que el tiempo pasa de otra manera porque es una invención que no transcurre como los seres humanos deci-



📷 Felipe Cazarez

mos, y creo que encerrados lo notamos. Y luego, por supuesto, el encierro te enfrenta a ti mismo; en nuestra sociedad estamos acostumbrados a escapar de nosotros mismos, a la sociabilidad extrema, a nunca estar solos, a siempre buscar compañía, y estando encerrados hay que enfrentar los demonios personales. En la pandemia todos nos fuimos enfrentando como pudimos a este experimento interesante y, de alguna manera, peligroso porque vemos que ha tenido consecuencias para la salud mental.

¿Cuál cree que sea el origen de su interés por el encierro? ¿Quizá una experiencia de la infancia o algo personal?

Yo nací en Montevideo en 1976, durante la dictadura militar, y crecí mis primeros años de vida en la dictadura. Te puedo asegurar que ése fue un periodo de encierro, encierro espiritual, mental, de miedo, porque el encierro es un mecanismo de supervivencia. Yo era niña, pero los niños captan mucho de lo que ven y dicen los adultos. Me he preguntado si este interés viene de ahí, de esa sensación de amenaza que no se entendía, que no tiene nombre, pero que estaba latente. 📍



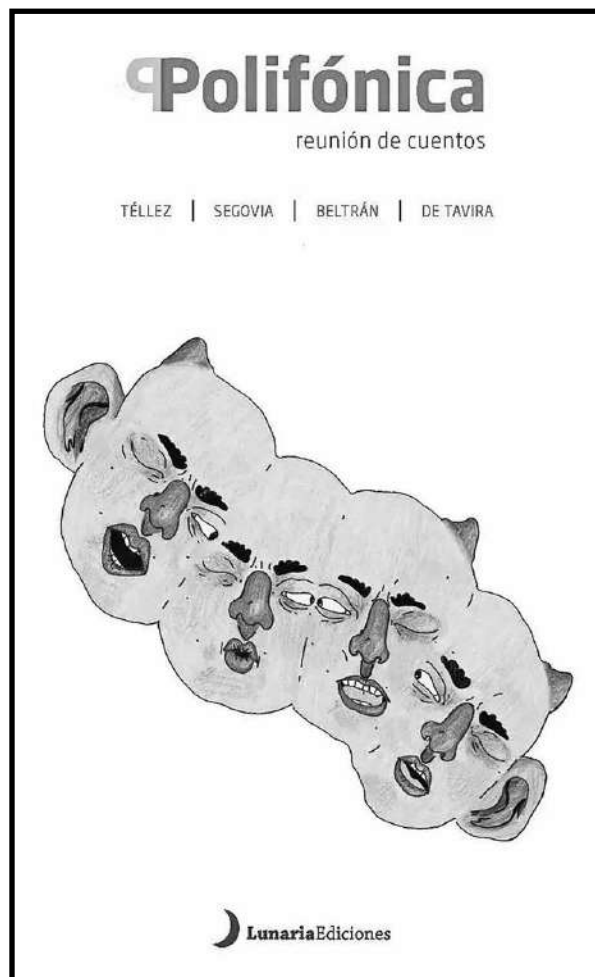


Deja que *Polifónica* te llene de voces la cabeza

CLAUDIA SANTOS

Con la reunión de cuentos *Polifónica*, Lunaria Ediciones presenta una obra exquisita tanto en presentación como en contenido. Esta editorial pequeña e independiente encuaderna la colección con una sorpresa oculta en la solapa trasera, acompaña cada cuento con una ilustración hecha por meme y en la portada, obra de Sofía Mena Trujillo, nos presenta una imagen que deja entrever lo que advierte el título: un conjunto de voces diversas que cohabitan el libro luchando por su individualidad. *Polifónica* incluye cuatro cuentos. Cada uno es parte de la cotidianidad y se enfrenta a la lucha constante por hacer de la propia vida aquello que uno quiere que sea.

La reunión abre con “Siesta estival”, de Ana Segovia Camelo, que expone la dificultad de la maternidad frente a la adolescencia y las posibilidades de acompañamiento de esta maternidad en distintas etapas de la vida. Esto lo hace mediante el retrato de tres generaciones: una abuela que también es madre, una madre que también es hija, y una hija que también es nieta. Estas tres mujeres tienen, de una u otra manera, el mismo objetivo: el bienestar propio dentro de las distintas dinámicas familiares. Elena, la abuela, desea encontrar compañía en la familia de su hija Rosario, y que la dinámica de ésta sea lo más grata posible para su hija y todos sus integrantes: es un personaje que acompaña, que abraza y se deja abrazar, que ofrece calidez y buen consejo. Rosario, madre de Isabel e hija de Elena, está descifrando cómo combinar sus deseos personales con sus deseos de madre, sus responsabilidades de trabajo con el rol familiar que quisiera llevar a cabo, cómo tener una vida plena que no sea vivida para su familia, sino con ella. Por último, Isabel, de 15



Polifónica. Reunión de cuentos
Andrea Ihalí, Ana Segovia Camelo,
Ximena de Tavira y Abraham Téllez
Lunaria Ediciones
México, 2020. 72 pp.

años, procura más la comodidad propia que la de aquellos que la rodean, pero sin ninguna intención de dañar a nadie.

“Marquito Kung Lee”, de Ximena de Tavira, construye el personaje de un hombre escritor: de esos que citan a Borges y usan palabrerías donde no son necesarias; de esos a los que les sucede más en la cabeza que en el exterior. Este personaje reconoce su intelectualidad continuamente opacada por la de su esposa, quien, a diferencia de él, no busca presumirla. El cuento narra la historia de su aparente intento de encontrar un amorío, la inspiración o poder escribir. No las consigue todas, pero de las tres alcanza su principal objetivo.

Mi favorito del libro es, sin duda, “Señorita Beatriz” de Abraham Téllez. Es una historia en tres partes: comienza, se desarrolla y ofrece un desenlace que consigue darse a desear a través de las dos primeras secciones. Beatriz y Daniela se conocen cuando son niñas, y se llaman la atención mutuamente de forma inmediata, de formas distintas, o quizá de la misma, pero lo expresan cada una como puede. Beatriz es tímida. Daniela expresa sus sentires como hacen los niños cuando les gusta algo: molestando. Sin embargo, a pesar de estas imposibilidades para expresarse, el canto les enseña a trabajar como complemento de la otra, a acompañarse, a funcionar como equipo, a ser juntas lo mejor de sí. Estos encuentros marcan a Beatriz, en quien se focaliza la historia, y por ello le afectan tanto los distintos abandonos y rechazos de Daniela, pero al mismo tiempo es sólo a través del rechazo permanente que consigue ir tras aquello que en verdad desea: dedicarse a la música.

Por último, la colección cierra con una historia fantástica de Andrea Ihalí, “Dos partes de lo mismo”. En este cierre, el narrador, amante de la rutina, ve su vida catastróficamente importunada por el uso ajeno del que él considera su estacionamiento, ahora ocupado por un coche parecido al suyo, conducido por alguien que va siempre al mismo piso que él, pero que no responde a su llamado; alguien que usa su mismo maletín y

su misma taza. Ese alguien no deja de rondar su cabeza mientras trata de vivir la vida que meticulosamente había construido y que se ha vuelto una pesadilla en la que, a pesar de despertar, día tras día, con esperanza de poder volver a su rutina, sigue atorado por culpa de ese coche gris rata que ocupa su estacionamiento.

Estas cuatro historias nos recuerdan que nosotros también cohabitamos un mundo desde experiencias muy distintas que se entrecruzan y nos afectan. *Polifónica* llegó a mis manos como una donación a Libros en el transporte,¹ y llegará, por lo tanto, a otras manos, y estas voces, que no me pertenecen pero con las que he conseguido encontrarme, llegarán a otras cabezas para cohabitar sus mentes con las otras que ahí habitan. ♪


¹ N. de la A.: *Libros en el transporte* es un proyecto que yo administro, sin fines de lucro, y que busca promover la lectura en la Ciudad de México liberando libros en el transporte público.

12° Concurso de Crítica Cinematográfica Alfonso Reyes “Fósforo”

FACULTAD DE CIENCIAS POLÍTICAS Y SOCIALES
ESCUELA NACIONAL DE ARTES CINEMATOGRÁFICAS
COORDINACIÓN DE DIFUSIÓN CULTURAL
DIRECCIÓN GENERAL DE ACTIVIDADES
CINEMATOGRÁFICAS
FILMOTECA UNAM
DIRECCIÓN DE LITERATURA Y FOMENTO A LA LECTURA
REVISTA *PUNTO DE PARTIDA*

JURADO
PAULINA ROMO
RODRIGO FLORES
LETICIA SUÁSTEGUI
BERENICE CAMACHO
MIGUEL GONZÁLEZ URIBE



 Alejandra Malvido

Pobo 'Tzu': Noche blanca o sobre cómo funciona la tierra

ÓSCAR DANIEL BADILLO PÉREZ

Categoría: Posgrado

Pobo 'Tzu' - Noche blanca

Dirección: Yolotl Gómez Alvarado y Tania Ximena Ruiz Santos

México, 2021

Pasada la Semana Santa de 1982, los habitantes de las comunidades alrededor del volcán Chichonal, en la región montañosa del noroeste de Chiapas, advirtieron las primeras señales del desastre: el cráter comenzaba a expulsar humo, la tierra temblaba y desprendía un intenso aroma a azufre que envenenaba el aire y mataba a los animales. Las premoniciones se manifestaron también a través de imágenes de la hecatombe que se filtraron en los sueños de los zoques. La región, que hasta entonces había convivido pacíficamente con aquel volcán dormido, se vio trastocada por una serie de erupciones que, en sólo un par de semanas, dejarían un saldo de más de un centenar de muertes y 14 pueblos sepultados bajo las cenizas y las rocas. Uno de aquellos pueblos fue el ejido Esquipulas Guayabal, cuya resistencia y vida luego de casi cuatro décadas es la materia documental para los directores Yolotl Alvarado Gómez y Tania Ximena Ruiz Santos en *Pobo 'Tzu': Noche blanca* (2021).

De entre los muchos acertijos que propone esta película a sus espectadores, el desafío de clasificarla o no como un documental es uno que se reformula a lo largo del filme a través de varias preguntas: ¿es la representación de los sueños territorio del cine documental?, ¿es posible distinguir la frontera entre ficción y realidad en las narrativas de una cosmovisión ajena a la nuestra? Imágenes, testimonios y poesía articulan respuestas sutiles pero convincentes al respecto.

La película inicia con una escena que bien podría introducir un documental antropológico: en un plano cenital, a la luz del fuego, un hombre dibuja sobre la arena. “Les voy a contar cómo funciona la tierra”, dice, y traza en un esquema el oriente, el occidente, el exterior y el interior de la tierra (donde habita la noche). “Y aquí vivíamos los zoques, hombres de palabra, hasta que un día despertó el volcán Chichonal, haciendo una gran erupción que sepultó el pueblo entero”. Las secuencias posteriores, sin embargo, sugieren que no sólo aquella escena introductoria, sino la totalidad de la película persiguen una misma ambición: explicar el funcionamiento



 Cortesía de PIANO

del mundo o, mejor dicho, de un mundo, uno de aquellos que Guillermo Bonfil Batalla adjetivaría como “profundos”.

En las secuencias posteriores, la cámara nos lleva por un camino nublado hasta el solar de Trinidad y nos asoma a su sueño: pietaje de archivo de las erupciones, imágenes insólitas de aquella noche blanca de 1982 en que la ceniza y el humo impidieron el paso de la luz del sol por tres días. Estas y las imágenes actuales del cráter en las que se muestran los vestigios de actividad volcánica del Chichonal no son, sin embargo, las de un documental de compilación o un reportaje conmemorativo. *Pobo 'Tzu': Noche blanca* no es una película sobre lo que ocurrió hace 40 años, sino sobre las hondas consecuencias humanas de un desastre natural, sobre cómo marcó a los sobrevivientes de aquella comunidad y a sus descendientes.

Los sueños de Trini, el protagonista, inquietan a los demás vecinos del ejido. Su insistencia desemboca en un esfuerzo colectivo para exhumar la iglesia del viejo pueblo. Los habitantes se unen, trabajan, dialogan y reviven ritos ancestrales. En sus jornadas arqueológicas, lo mismo desentieran una pared que un recuerdo. Y de aquella excavación, surgen no sólo ruinas sino preguntas. Trinidad, un poeta nacido en medio de la erupción,


encuentra en aquella coincidencia la explicación de su vocación poética y activista. “Por eso eres como eres. El volcán te comió el ombligo”.

La búsqueda del pasado es paralela a otra indagación, una personal e identitaria. Al respecto, hay en la edición un elemento que reproduce a escala los eventos catastróficos en las vidas cotidianas de los zoques. En repetidas ocasiones, a las imágenes de los remanentes de actividad volcánica en el cráter, les suceden otras de las cocinas de los personajes: el agua rebulle en el corazón del Chichonal al igual que en una cazuela sobre el fuego; a las rocas ardientes corresponde el maíz sobre el comal; al vapor que expele la tierra se yuxtapone el humo de los fogones. La catástrofe se repite, domesticada, en los alimentos de quienes la sobrevivieron.

Pero la explosión del volcán no sólo se mantiene viva en la cotidianidad de los hogares, sino que se renueva en los sueños. La película muestra, con aparente transparencia, la realidad de una comunidad, pero va más allá y representa también lo que ocurre en la dimensión onírica que habitan sus personajes a través de secuencias como el humo denso que escapa de una casa, las piedras que arden de pronto sobre el suelo o los sonidos y las luces que escapan de las ruinas subterráneas de su antiguo pueblo.

Es entonces que la película empuja a una reflexión sobre la naturaleza de lo que miramos en pantalla: ¿puede un documental representar la consistencia de los sueños? Quizá aquí sea especialmente pertinente la definición griersoniana del documental como el “tratamiento creativo de la realidad”. Si bien la tradición de este género se ha esforzado históricamente por ejercitarse en el rigor de la no ficción, lo cierto es que, cuando se busca —como en este caso— representar cosmovisiones en las que el sueño no es menos real que la vigilia, la representación de lo onírico no le es ajena.

Al final, la búsqueda de Trini lo lleva más allá del pueblo de Esquipulas Guayabal, al cráter del volcán. Desnudo en la paz del lugar de donde surgieron la ceniza y las piedras que sepultaron a sus abuelos, sus casas y su iglesia, Trini halla el centro y el origen. Un momento de identificación en el que, sin rencores ni miedo, se reconoce en comunión con el corazón de la tierra: “Mi ombligo te habita”.

También, como los habitantes de ese pueblo zoque, la película de Tania Ximena Ruiz Santos y Yolliotl Alvarado Gómez escarba en el pasado, hurta en la memoria colectiva, va a las entrañas de la realidad y desentierra testimonios que dan cuenta de la resistencia de los pueblos originarios ante el embate ya no sólo de las fuerzas naturales, sino de otras, no menos potentes y destructivas, que amenazan el funcionamiento de aquel esquema trazado sobre la arena, a la luz del fuego, en las primeras imágenes de *Pobo Tzu: Noche blanca*. 

La comunicación imposible

LUIS EDUARDO PÉREZ LÓPEZ

Categoría: Licenciatura

El techo de la ballena

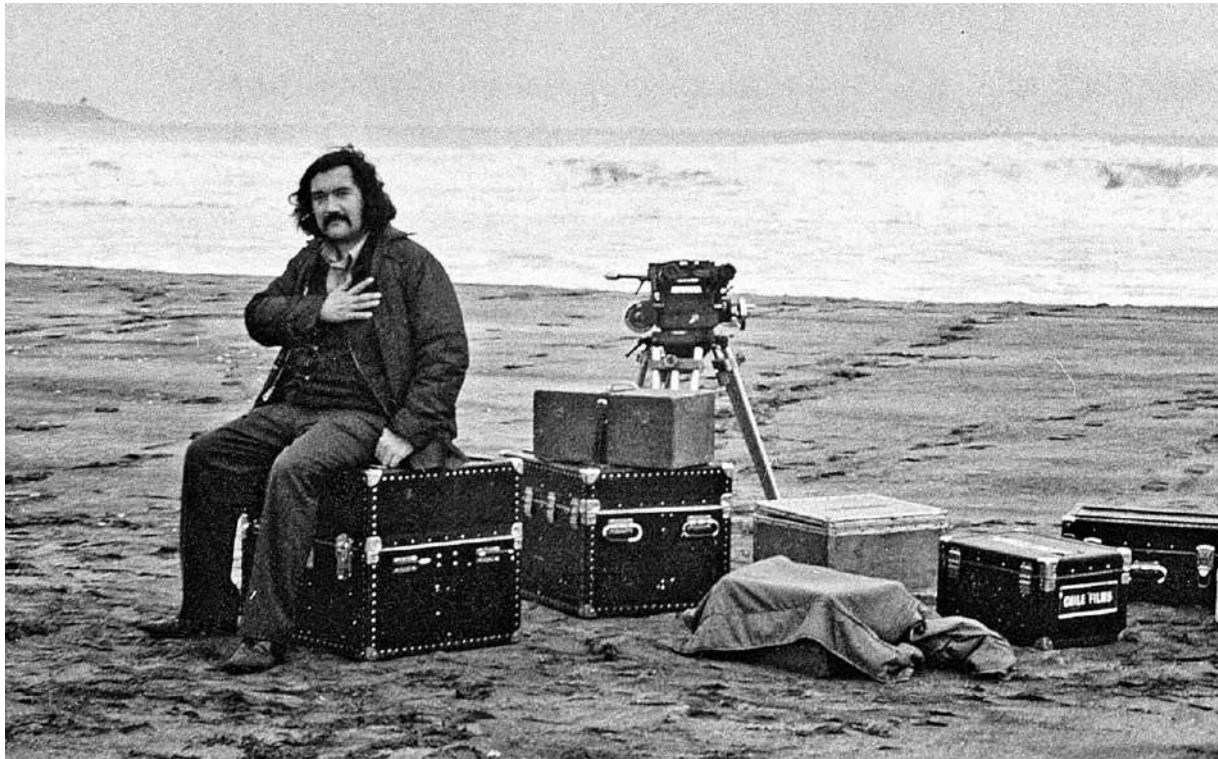
Dirección: Raúl Ruiz

Francia-Países Bajos, 1981

Mucho se ha reflexionado sobre la comunicación entre las personas desde el origen de la palabra. Platón, en la antigua Grecia, utilizó el recurso del diálogo para presentar sus ideas políticas, su metafísica y su poética. En la Edad Media, san Agustín utilizó el diálogo interno para expresar sus disertaciones sobre la realidad, el tiempo y Dios. La idea que tenemos sobre la comunicación se ha ido transformando a lo largo del tiempo. Para Jorge Luis Borges, nada podía ser comunicado a través de la palabra. Esto no significa que no podamos compartir ideas, sino que es imposible transmitir la experiencia subjetiva por medio de un lenguaje. Volviendo a san Agustín, alguna vez reflexionó sobre el tiempo: “¿Qué es, pues, el tiempo? Si nadie me lo pregunta, lo sé; pero si quiero explicárselo al que me lo pregunta, no lo sé”.¹ El tiempo es algo que percibimos de manera muy cercana, y al ser una experiencia tan íntima, subjetiva, el lenguaje supone una barrera infranqueable para comunicarla a los otros: Agustín de Hipona sabe íntimamente lo que es el tiempo, pero no podrá comunicarlo a su interlocutor.

Al igual que Platón, san Agustín o Borges, Raúl Ruiz se detiene a reflexionar sobre la comunicación. Pero a diferencia de los anteriormente citados, lo hace desde la imagen cinematográfica y no desde la palabra. *El techo de la ballena* es una obra que evoluciona dentro de sí misma, complicando y dificultando la interpretación. La narrativa comienza más o menos lineal: un etnólogo viaja a la Patagonia para estudiar el idioma de los dos últimos miembros de una tribu indígena que está destinada a desaparecer. Pero conforme avanza, la película se va tornando confusa, onírica, surreal y cada vez más difícil de interpretar. Esto responde directamente al tema mismo de la película: la incomunicación o cómo el lenguaje supone un puente comunicativo, pero a la vez una barrera. Esta idea se extiende hasta el espectador, pues la obra comienza a complejizarse en su forma mientras avanza, alejándose de la linealidad y mostrándose como un mosaico de imágenes, que más que buscar un significado literal (que

¹ *Confesiones*, XI, cap. 14, Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos, 1974.



📷 Raúl Ruiz, director de *El techo de las ballenas*

por la premisa de la película intuimos inalcanzable), persigue uno poético, emocional. Esta ejecución me recuerda a las pinturas postimpresionistas, tanto en tema,² como en el uso emotivo de los colores, las formas distorsionadas que no plantean una representación naturalista, sino que tratan de ser un reflejo emocional tanto de los personajes como del artista, y que en la película se pueden observar en los juegos de espejos, en los colores cambiantes, las cortinas y los muros que se interponen o distorsionan la imagen de los personajes.

Éstos se comunican entre ellos en distintos idiomas: algunos hablan holandés, otros francés o español, incluso los indígenas se comunican entre ellos en aquel idioma inventado que sólo ellos conocen y que utilizan al comunicarse con las personas ajenas a su cultura. Esto supone que pueden comunicarse entre ellos de manera rudimentaria, pero Raúl Ruiz no se detiene en una sola lengua, sino en la idea de la lengua en sí misma como una barrera que aísla la comprensión del mundo y la realidad de unos u otros individuos. Los personajes están literal y metafóricamente aislados dentro de una casa en la mitad de la nada. Ellos intentan comunicarse, pero el idioma se interpone una y otra vez. La comunicación profunda que buscan a través de las relaciones románticas, poéticas y de

² En este sentido valdría la pena recordar las pinturas paisajistas del postimpresionismo, en especial los cuadros *La iglesia de Auvers* (1890) y *Casa en campo de trigo* (1878) de Vincent van Gogh.

militancia política están mermaidas por su incapacidad de comprenderse los unos a los otros.

El caso que llamó más mi atención es el del idioma de los últimos indios chilenos de su comunidad. Ambos varones, su idioma y su cultura están destinados a morir con ellos. El etnólogo intenta descifrar el idioma en el cual ellos se comunican y que cuenta tan sólo con 60 palabras, y piensa que se combinan entre ellas a través de ejecuciones matemáticas para formar nuevos significados. A la par, durante la secuencia en la que examinan las palabras del diccionario indígena, vemos una clara referencia a la clasificación fantástica que realiza Borges de los animales y que demuestra que cualquier clasificación, ya sea de palabras o de animales, es arbitraria. En ese sentido podemos encontrar en la película una influencia de su estilo literario, ya que, al igual que muchas obras de Borges, Raúl Ruiz juega con un humor sutil, irónico y cargado de sátira.³ Pero en *El techo de la ballena* la sátira se presenta en las acciones, relaciones y diálogos entre personajes, en los eventos que suceden y que son presentados con total solemnidad. El sutil planteamiento satírico se da en los detalles de la obra. Un comunista millonario, una lengua que en una única palabra admite infinitos significados (y que después resulta ser un artificio indígena para confundir), un grupo de colonialistas pseudo filántropos cuyos ancestros directos urdieron su fortuna familiar a través de un genocidio y despojo indígena. Podríamos señalar esta forma de realización como una crítica a los procesos dogmáticos de la investigación que tratan a las personas como objetos de estudio y evitan un acercamiento a su carácter humano, cultural e histórico; una crítica al colonialismo que invade las comunidades marginales y, en este caso, las comunidades indígenas. Éste es un tema destacable en la obra. Constantemente se escucha a los personajes hablar del genocidio como una manera del progreso: “Aquí no había nada. Sí, todo se construyó con la sangre de los indios, de miles y miles de indios que están enterrados aquí”.⁴

El techo de la ballena muestra, a través de su ejecución cinematográfica, más que del texto o los diálogos de los personajes, la imposibilidad de comunicación profunda de la experiencia subjetiva entre las personas. La experiencia de cada individuo en la película choca con la de los otros, el idioma se muestra como una dificultad a franquear para la comprensión entre personas, siempre sin conseguirla.

La sátira se convierte en un recurso para criticar los métodos colonialistas que emplea un pueblo sobre otro y cómo estos métodos de conquista moderna se ejercen a través de procesos de investigación dogmáticos que aíslan y deshumanizan aún más a las comunidades marginales, como los indígenas en Latinoamérica.

Ambos temas, la crítica colonialista y la incompreensión lingüística entre las personas se complementan: ¿cómo se han de entender dos pueblos si uno somete y asesina al otro? 🗣️

³ La referencia se basa en “El idioma analítico de John Wilkins”, un ensayo de Borges que examina el idioma universal propuesto por Wilkins en *Un ensayo sobre un personaje real y un lenguaje filosófico*. Wilkins proponía un idioma que pudiera servir para comunicar a los comerciantes, diplomáticos y académicos. En el ensayo de Borges se describe una enciclopedia ficticia, supuestamente china, que desarrolla la taxonomía de los animales en clasificaciones arbitrarias como animales “que de lejos parecen moscas” o “dibujados con un pincel finísimo de pelo de camello”. Al final del ensayo concluye: “notoriamente no hay clasificación del universo que no sea arbitraria y conjetural. La razón es muy simple: no sabemos qué cosa es el universo”. En este sentido la película ejecuta una herramienta discursiva similar, pues al momento de analizar las palabras, se encuentran con palabras en francés o inglés que en el idioma indígena significan otras cosas. La estructura “The Women”, en el idioma indígena que está estudiando el etnólogo y que después se descubre como falso, significa “mar de ballenas”, “aguardiente”, “sol”, “sordo”, etcétera. Valdría la pena consultar también “La biblioteca de Babel”, cuento de Borges.

⁴ Cita tomada del personaje Narciso Campos. Este personaje habla sobre cómo en su terreno sólo había una “gran pampa vacía”, y a través del asesinato de los indios pudieron construir algo mejor: una casa aislada en mitad de la nada, propiedad de un millonario que usa como objeto de curiosidad a la pareja de indígenas.

La oscuridad detrás de *Pobo 'Tzu'*

NATALIA SANTOYO ESPINO

Categoría: Bachillerato

Pobo 'Tzu' - Noche blanca

Dirección: Yollotl Gómez Alvarado y Tania Ximena Ruiz Santos
México, 2021

¿Qué pasaría si un día despertáramos y todo lo que conocemos, nuestra ciudad, nuestra casa, nuestras ideas y costumbres fueran borradas de la faz de la Tierra así como así? *Pobo 'Tzu'* nos cuenta esa historia. A través de su narración vemos y sentimos lo que miles de personas padecieron, vivieron y tuvieron que cambiar en su forma de vida.

Chiapas es un estado lleno de cultura y tradición, y es uno de los destinos más bellos para imaginar un momento idílico en una selva en la que abunda la flora y la fauna. Pero todo esto, junto con el ejido de Esquipulas Guayabal, fue afectado trágicamente por la erupción del volcán Chichonal. ¿Cuáles fueron los motivos para que Dios o el destino decidieran que hiciera erupción en ese exacto momento? ¿Diez, cien o mil años después no habrían sido suficientes? Meterse en cuestiones de fe o creencias no basta para responder. En la película es claro que esta pregunta ha estado presente en cada comida familiar o festejo, generación tras generación, y ya forma parte de su cultura y su vida. La historia de la comunidad representa su manera de relacionarse ante la vida, pues al contar sus experiencias, nos adentramos en lo que sintieron por aquel suceso y en lo que continúan sintiendo hoy en día. Vemos la ficción en la realidad: más o menos de lo que se trata esta docuficción.

Tania Ximena Ruiz Santos y Yollotl Gómez Alvarado lograron entrar en la mente de la comunidad. Es notable el esfuerzo necesario no sólo para realizar un largometraje que relatara una verdad enterrada, sino también la fortaleza personal que supuso descubrir el pasado de las generaciones actuales. ¿Qué darían los niños por saber cómo fueron las guerras en las que pelearon sus abuelos o las discotecas llenas de afros a medianoche? Con la realidad que construyeron Ruiz Santos y Gómez Alvarado fue posible.

La narración empieza con una travesía visual del actual Chiapas. Con las tomas panorámicas nos damos una idea del lugar donde viven Román Díaz Gómez y Trinidad Díaz Arias. Ellos demuestran cómo lo que se llama hogar no es dónde se nace, pues a través de las tomas podemos sentirnos



 Cortesía de PIANO

en casa, en su casa; sin embargo, constantemente nos recuerdan que hay algo por lo que no pueden disfrutar, algo malo sucedió en su pasado. Comienzan una historia de muchos años atrás, pero no tantos como para no recordarla.

No parecen existir los guiones en la película. Vemos que las emociones y diálogos son tan reales como su historia y que, sobre todo, esta autenticidad genera un sentimiento de aprobación de la película por parte de la comunidad. Nos hablan en zoque, una lengua originaria de la región de los Chimalapas, en Oaxaca, y de la sierra y la depresión central de Chiapas. Y a pesar de que no la hablemos, entendemos todo lo que se dice. Vemos que no estamos alejados de sus palabras, pues compartimos muchas de las que utilizamos en español. La película nos hace pensar que si compartimos idioma, podemos compartir muchas más características, y que lo que se puede llegar a vivir depende del lugar donde nazcamos o nos desarrollemos. ¿Y si nosotros hubiéramos perdido nuestro hogar, nuestro pueblo y nuestra vida?

Las no actuaciones de los integrantes de la comunidad demuestran cómo llegaron a tomar una decisión tan radical: desenterrar un pueblo. Nos adentramos en sus mentes hasta comprender sus motivos, nos hacemos parte de ellos. Tanto, que empezamos a desconocer nuestra verdad, la realidad de la fantasía, el documental de la película.

Esa decisión ya estaba tomada desde mucho antes de que nosotros, como audiencia, pudiéramos comprender qué estaba pasando. Llegamos a la historia cuando ya había terminado. Y vemos que, al término del largometraje, empieza una nueva etapa para el pueblo zoque. ¿Qué hacer cuando hayan vuelto a la vida historias y recuerdos?

El ir y venir de la película nos ayuda a comprender un poco más. Sabemos que algo terrible ocurrió para el pueblo de Esquipulas Guayabal, pero entre el presente y el pasado entendemos que existe un secreto oculto que ni siquiera los habitantes del pueblo logran comprender.

Vemos a Trinidad platicarnos en un lenguaje poético: con sus palabras se forman oraciones incomprensibles, pero tan hermosas que buscarles un significado sería cruel. Pareciera una cuestión del destino que un nombre tan espiritual logre comunicar paz y un entendimiento antiguo y precioso.

Las narraciones de Trinidad van de la mano con la fotografía del documental. Hay en el ambiente una especie de neblina que combina con la oscuridad de la historia. Pareciera que nunca sale el sol y que las flores no hubieran estado jamás en el pueblo, pues ha ocurrido la peor de las tragedias. *Pobo 'Tzu'* explica que la muerte no ocurre sólo a una persona, pues los únicos que tienen que sufrirla son las personas que se quedan.

Muy pronto en la historia, los habitantes deciden desenterrar el pueblo sumergido en la lava. Aunque la intención de rescatar el gran campanario de la iglesia para ganar unas monedas pareciera obsoleta o una simple cuestión materialista, es la razón principal por la cual se lleva a cabo toda la travesía, la película en sí. Aquí la religión mueve las decisiones.

Los habitantes deciden tomar cartas en el asunto e intentan conseguir una nueva forma de vida, una oportunidad utópica. Sin embargo, en el camino vemos que sus motivos cambian. Los sorprendemos hablando de las veces que visitaron las casas de sus amigos, del amor juvenil que aún no los abandona y de cómo sus vidas, sin intentarlo, cambiaron tanto que esos momentos los ven a través de una ventana llena de polvo: están ahí pero ya no son suyos.

Pasan los días, las semanas y los meses, aunque realmente no percibimos cuánto tiempo ha transcurrido. Poco a poco van apareciendo objetos, y con ellos renacen memorias que se van convirtiendo en realidad. Vemos las calles que una vez sirvieron como medio de comunicación, las casas que miles llamaron hogar y esa iglesia tan visitada. Todo se vuelve uno otra vez, se convierte en un anexo más de sus vidas. Arrancan ramas, tierra y troncos; levantan piedras, sillas y llantas.

Pobo 'Tzu' es más que una visualización de tradiciones ajenas a nuestra forma de vida. Es tradición en sí. Los detalles, canciones y sonidos se unen para formar una manera nueva de experimentar. La perfección de la fotografía no existiría sin la perfección de la comunidad zoque. Por su parte, Carlos Edelmiro, encargado de la música de la película, nos llenó de angustia y temor, sentimientos que mantenían la historia viva y corriendo.

La aventura representada en *Pobo 'Tzu'* sigue siendo un acontecimiento para muchos, pero no deja de ser el anhelo de un mejor mañana, de una realidad que fue pero que no volverá más, aunque se realicen bailes y se coloquen máscaras de animales abatidos. 📍

 Cortesía de PIANO



Pequeñas erupciones diarias

ROSALINA ESTRADA MEDINA

Categoría: Exalumnos y público en general

Pobo 'Tzu' - Noche blanca

Dirección: Yolotl Gómez Alvarado y


Tania Ximena Ruiz Santos

México, 2021

Como el fuego que se eleva para transformarse en una erupción, los sueños surgen de nuestra profundidad hasta alcanzar el nivel de nuestras acciones. Para Trini, hombre zoque y poeta, todos los sueños son importantes —los propios y los comunales—. Es a raíz de los llamados oníricos que Trini comienza a socializar dentro de Nuevo Guayabal la misión de regresar a desenterrar la comunidad de Esquipulas Guayabal, comenzando por la iglesia que se erguía a las faldas del volcán Chichonal hasta el día de la erupción que cubrió fatidicamente la noche de blanco.

Pobo 'Tzu', hablado enteramente en zoque, se entiende como el resultado de la estrecha colaboración entre los directores Tania Ximena Ruiz Santos y Yolotl Gómez Alvarado con los habitantes de Nuevo Guayabal. El documental expone un alto nivel de integración entre los realizadores y sus protagonistas, pues la cosmogonía zoque sale del fondo y permea la formalidad del documental, que opta por una narrativa lírica a través de la poesía de Trini. En la imagen encontramos una cámara que construye sensaciones oníricas y busca la microvida de los elementos: el agua que hierve, el fuego anunciante, la tierra para la cosecha y el aire denso matinal son capturados en la cotidianidad de la comunidad; fragmentos de naturaleza que representan a su vez los componentes internos del volcán. La cámara, que repite el andar de una serpiente, reconoce en el suelo el lugar donde se han dispersado y asentado los vestigios de la tragedia que tuvo lugar hace 39 años. Porque la erupción puede haberse terminado, pero sus



 Alejandra Malvido

fragmentos viajan por los cuerpos de agua, alimentan el suelo y se han insertado en la dermis de los zoques.

Asentada en el norte del estado de Chiapas, para la cultura zoque los cerros son resguardados por entes mágicos a los que se refieren como *dueñas/dueños*; espíritus responsables tanto de las bondades como de los accidentes de la naturaleza. Los dueños no son ajenos al pueblo y se comunican con sus habitantes a través de los sueños. Los días previos a la erupción de 1982 “la dueña del volcán estaba enojada”, refiere una de las protagonistas. En los sueños se entregan mensajes, se revelan intenciones. Así como llega el temblor anticipando una erupción, un sueño esclarecedor puede ser la resolución a un sentimiento inquietante en nosotros.

Podríamos preguntar: ¿cómo se resuelve un documental cimentado en los sueños cuando estos ocurren dentro de los párpados? A los llamados géneros de no ficción, categoría en donde se inserta el cine documental, muchas veces se les exige una partida de verdad, un pacto con la realidad que lo único que provoca es alejarse del quehacer cinematográfico. En el documental

creativo, lo que sucede frente a la cámara ha sido provocado por el autor o director; no hay compromisos infértiles para la creación y, a través de reconstrucción y selección, la película teje sus propias verdades que ocupan un espacio liminal entre la realidad y el botón de grabar.

El tratamiento de los sueños en *Pobu 'Tzu'* apela a la dicotomía entre la extrañeza y la familiaridad de las experiencias oníricas. Tras la primera secuencia, en la que aprendemos a través de las marcas de la tierra que dibuja Roman Díaz cómo inició el mundo para los zoques y que el volcán está al centro de todo, entramos al primer sueño de la película. Entre paisajes y vistas macro, siguiendo serpientes y observando el ganado, la cámara establece que su naturaleza es flotar y siempre acercarse. La dinámica se rompe cuando vemos por primera vez a Trini, el hombre que por haber nacido durante la erupción guarda una estrecha relación con el volcán. Su imagen despertando, yuxtapuesta al recorrido previo, responde a la convención cinematográfica que anuncia que hemos sido testigos de un sueño. Trini

no vuelve a despertar en pantalla y esto, aunado a que los sueños —excepto el último— ocurren en el mismo lugar en donde suceden el resto de las acciones en la película, permite lograr que los bordes entre la vida en la tierra y los sueños alcancen a difuminarse, abonando a la experiencia de resignificar las pequeñas erupciones que viajan desde el centro del ser para desembocar en la realidad colectiva.

Mientras que la poesía y los monólogos corresponden al subconsciente, las conversaciones habitan en el plano diurno. La trama avanza a través del intercambio de preocupaciones entre la comunidad y las resoluciones a las que llegan. Para el momento de la excavación, Trini ya había conversado con diferentes hombres y mujeres sobre su deseo de desenterrar el primer Guayabal, y también tuvo lugar una asamblea comunal en la que, pese a algunas actitudes renuentes, se determinó regresar. Entre los habitantes permea una tristeza tan densa que los ha separado físicamente de las ruinas y, derivada de ella, los zoques están abrumados por la culpa de haber elegido mantener la lejanía

con sus muertos. Dentro de estas acciones no hay recreación de escenas, y nos alejamos un poco de la construcción de metáforas visuales; la apuesta es por un cine directo, pero no por ello exento de ser manipulado—en el sentido menos maquiavélico de la palabra—por los documentalistas. Aquí se entiende la intervención creativa no sólo por las acciones detonantes, sino por la presencia y protagonismo del diseño de producción a cargo de la misma Ruiz Santos. Entre estos detalles resalta el descubrimiento de una piedra en las ruinas de la iglesia con la leyenda “Auxilio”. Los hombres de la excavación se reencuentran con aquellos horrores que estuvieron evitando por 39 años y que están ausentes durante las primeras expediciones y jornadas en Guayabal, donde parece que volver al hogar y recordar *in situ* evoca una nostalgia curiosa y resignada, pero al mismo tiempo dulce.

“¿Acaso no escuchas a los muertos que se levantan?”. Los zoques ya no quieren seguir quitando escombros sólo para desenterrar el dolor. Aquí las palabras faltan, la comunicación se fractura y los únicos mensajes que llegan refieren a un reclamo que no se revela del todo por parte de la dueña del volcán. El agua hierve e inquieta. Los humanos, como la tierra, respondemos a ciclos, y aunque nuestras emociones tienden a bloquear la posibilidad de concretar cierres dolorosos e inconscientemente alargan los duelos, una comunidad tan espiritual como los zoques reconoce el deber con los suyos. Todo lo que se calentó durante 39 años en el interior de los habitantes de Nuevo Guayabal hierve hacia la superficie, se eleva con furia y desemboca en la tierra en forma de danza: la danza del tigre. Un ritual pendiente que no se había concretado por el dolor de la tragedia, una danza para sus muertos que los habían estado esperando y llamando entre sueños.

“No estés enojada porque te dejamos tanto tiempo”, dicen frente al altar de la iglesia que han reconstruido con pesar, pero también con la responsabilidad de honrar y continuar con la armonía.

Así como la comunidad ha hecho caso a la necesidad humana del ritual que honra la ciclicidad de la tierra, Trini se convence de responder el llamado del volcán a partir de un sueño que protagoniza el fuego. La erupción que ocurrió a la par del nacimiento de Trini truncó

la convencionalidad del rito de enterrar el ombligo de los recién nacidos en la tierra. Por ello Trini se somete ahora a una comunión que representa el reencuentro con el final de los suyos y el inicio de su propia existencia.

Trini recita: “Desde atrás de las cosas / mis ojos crearon mis sueños / A mi mente llama / el centro de la tierra / Volcán eterno / Laberinto de fuego”, y a las faldas del Chichonal se prepara para ser recibido por el volcán como un hombre que le ha dedicado lo más valioso entre los zoques: sus palabras. Trini construye una balsa frente al cerro blanco, navega en el cuerpo de agua y abraza la comunión con su alrededor. La imagen es deslumbrante, luminosa y ajena a cualquier paisaje que hayamos presenciado hasta este momento en la película, un escenario que se aleja del plano terrestre para ocurrir detrás de los ojos de Trini. Simultáneamente sobrevolamos el Chichonal dentro del espacio liminal en donde se construyen las secuencias. Aunque las imágenes se intercalan entre el centro del volcán y Trini, que se acerca cada vez más a él, en este momento mirar a uno significa reconocer la existencia del otro.

La película termina con el andar de los zoques hacia la excavación. En donde se apilaban escombros ahora hay una caldera, un ombligo, un inicio. Los zoques se acercan, miran hacia el fondo de la excavación y, aunque algunos tienen el rostro marcado de miedo, acceden a ser vistos de vuelta por el contenido de la tierra.

Aunque los años pasaron y se convirtieron en décadas, aquella noche blanca no daba paso al día, no había manera de conciliar tal inclemencia de la tierra. Con la confianza de los zoques, el documental se permite tomar el aire blanquecino cargado de confusión para resignificarlo en una erupción que esta vez pretende sanar. *Pobo 'Tzu'* es un trabajo que honra la memoria, pero sobre todo las resistencias: la de los sobrevivientes, la de la cosmogonía zoque y la del volcán. ①

"DESDE LA VENTANA"

Por: DARIO Cortizo.





2



3



4



Uriel de Jesús Santiago Velasco (Oaxaca de Juárez, 2002). Colabora desde los 14 años en diarios y revistas de su entidad, ha publicado cinco libros sobre temas oaxaqueños, es miembro corresponsal del Seminario de Cultura Mexicana y estudiante de Antropología Social en la ENAH y de Ciencias de la Comunicación en la UNAM.

Instagram: [urieldejesus02](#)
Twitter: [UrieldeJesus02](#)



Jimena Maralda (Ciudad de México, 1994). Estudió Lengua y Literaturas Hispánicas en la UNAM. Formó parte de la colectiva *Pensar lo doméstico*. Fue becaria de Ensayo en la FLM. Ha publicado en *Marabunta*, *Punto en Línea*, *Papel Literario*, *Desvelo* y *Este País*.



Joaquín Filio (Mérida, 1991). Estudió Literatura Latinoamericana en la UAY. Escribe la columna "Inventos de bolsillo" en *Novedades Yucatán*. Obtuvo mención honorífica en el Concurso Nacional de Cuento Beatriz Espejo 2016. Ha publicado en *Tierra Adentro*, *Punto en Línea* y *Marabunta*. Es autor de *Mediocre* (2019) y *Escafandra* (2020).



Asunción Cabrera Castellanos (Ciudad de México, 1995). Estudió Ciencias de la Comunicación en la FCPys UNAM. Cursó el diplomado Periodismo Narrativo, Investigación y Transmedia en la FES Acatlán. Pertenece a la primera generación de Corriente Alterna en la Unidad de Investigaciones Periodísticas de la UNAM.



Manlio D. M. A. (Ciudad de México, 1996). Estudia Lengua y Literaturas Hispánicas en la UNAM. Ha publicado en las revistas digitales *minúscula*, *Punto en Línea* y en el Blog Librópolis de Universo de Letras; así como en *Punto de partida*, el fanzine *Saca la Lengua* y la antología *Llorar en público* de Super Ediciones Prisma.



Xury (Ciudad de México, 2001). Estudia Psicología en la FES Zaragoza. Ha publicado en el Blog Librópolis y en el blog de la *Revista de la Universidad de México*.

Twitter: [x_xury](#)
Instagram: [gordita_dlechera](#)



Carlos Sánchez Ramírez "Emir" (Ciudad de México, 1998). Autor de *Tan de pronto mañana* (2021). Ganó el segundo premio en Poesía del Concurso 51 de *Punto de Partida*. Ha sido becario de verano de la FLM/UV (2017 y 2018).



Marisol Nava (Tlalnepantla de Baz, 1998). Estudia Lengua y Literaturas Modernas Inglesas en la UNAM. Ha publicado en la Red Universitaria de Mujeres Escritoras. Mantiene la columna "Pantalla Púrpura" en *La séptima pantalla*.

YouTube: [Depressed Nerd](#)



Sergio López Monterrubio (Ciudad de México, 1989). Escritor y director de arte. Forma parte del primer Diplomado en Escritura Creativa y Crítica Literaria de la UNAM.

Twitter: [thisissergio](#)



Silvia Santaolalla (Morelos, 1993). Ensayista, artista audiovisual y docente independiente. Ha publicado en *Marabunta*, *Gata que ladra*, *Revista Independiente Politique*, *Página Salmón* y *Especulativas*.

• COLABORADORES •



Ángel Carrillo Hernández (Ciudad de México, 1995). Egresado de Lengua y Literaturas Hispánicas por la FES Acatlán. Ganó en dos ocasiones el concurso Décima Muerte. Ha participado en tres ocasiones en el Encuentro Nacional de Estudiantes de Lengua y Literatura Hispánicas.



Claudia Santos (Colima, 1998). Es intérprete inglés-español, fundadora del proyecto Libros en el transporte y creadora de contenido para La Secta de los Libros. Estudió Lengua y Literaturas Modernas Inglesas en la FFYL, UNAM.



Elizabeth C. Lara (La Paz, 1992). Poeta y docente de ELE. Es egresada de la licenciatura en Lengua y Literatura de la UABCS y los diplomados en Creación Literaria y Literaturas Mexicanas en Lenguas Indígenas del INBAL. Obtuvo el Premio Estatal de Poesía Joven 2017.



Perla Muñoz Cruz (Oaxaca, 1992). Estudió Letras Hispánicas en la UAM Iztapalapa. Ha colaborado en el suplemento cultural de *Milenio* y en otros suplementos estatales. Fue becaria del FONCA en 2022. Es autora de *Desquicios* (2017).



Kevin Aragón (Ciudad de México, 1992). Estudió Lengua y Literaturas Hispánicas en la UNAM. Ha publicado en revistas electrónicas. Fue reportero, editor y redactor en *Cultura UNAM* y en la sección de cultura de *El Universal* y encargado de difusión en medios de comunicación de la Fonoteca Nacional.



Óscar Badillo (Otongo, 1990). Estudia el doctorado en Ciencias Políticas y Sociales en la UNAM. Ganó el primer premio en *Crónica del Concurso 50 de Punto de Partida*.



Rosalina Estrada Medina (Guadalajara, 1996). Dirige y fotografía documental, escribe ficción. Tesista de Artes audiovisuales en la Udeg. Fue beneficiaria del PACMYC (2021). Colaboradora de Cine y Arte para el medio digital Plans GDL.

[arboldelosgaranios](#)

[ninirocci](#)



Natalia Santoyo Espino (Ciudad de México, 2003). Cursa el último año de preparatoria en el Centro Escolar del Lago.

[nataliastoyo](#)



Luis Eduardo Pérez (Ciudad de México, 1993). Artista visual y fotógrafo de cine egresado de la FAD Taxco. Actualmente estudia Filosofía en la FFYL UNAM.

[MoebiusCinema](#)



Brenda Cristina Moreno Rosas (Ciudad de México, 1998). Estudia Lengua y Literaturas Modernas Inglesas en la UNAM.

• COLABORADORES •



Roberto García Ortega (Ciudad de México, 1988). Especializado en Gráfica, es maestro en Artes Visuales por la FAD UNAM. Ha sido seleccionado en certámenes nacionales e internacionales. Sostiene su taller con proyectos editoriales y de edición gráfica.

[rober_garcia_grafica](#)



Sarah Legorreta (Limón y Horchata) (Ciudad de México, 1997). Artista visual e ilustradora.

[limonyhorchata.draw](#)



• COLABORADORES •



Monserrath Bracamonte (Emeonse) (Toluca, 1996). Egresada de la licenciatura en Sociología de la Universidad Autónoma del Estado de México e integrante del colectivo 8cerxs.
 @ emeonse.collage



• COLABORADORES •



Darío Cortizo (Morelia, 1999). Estudió la licenciatura en Arte y Diseño en la UNAM. Desde 2020 ha trabajado como ilustrador y caricaturista en revistas literarias. Sus principales temas de interés son el absurdo y el subjetivismo.

@ dario_cortizo dariocortizo1



TINTA SUELTA



A CONTRALUZ



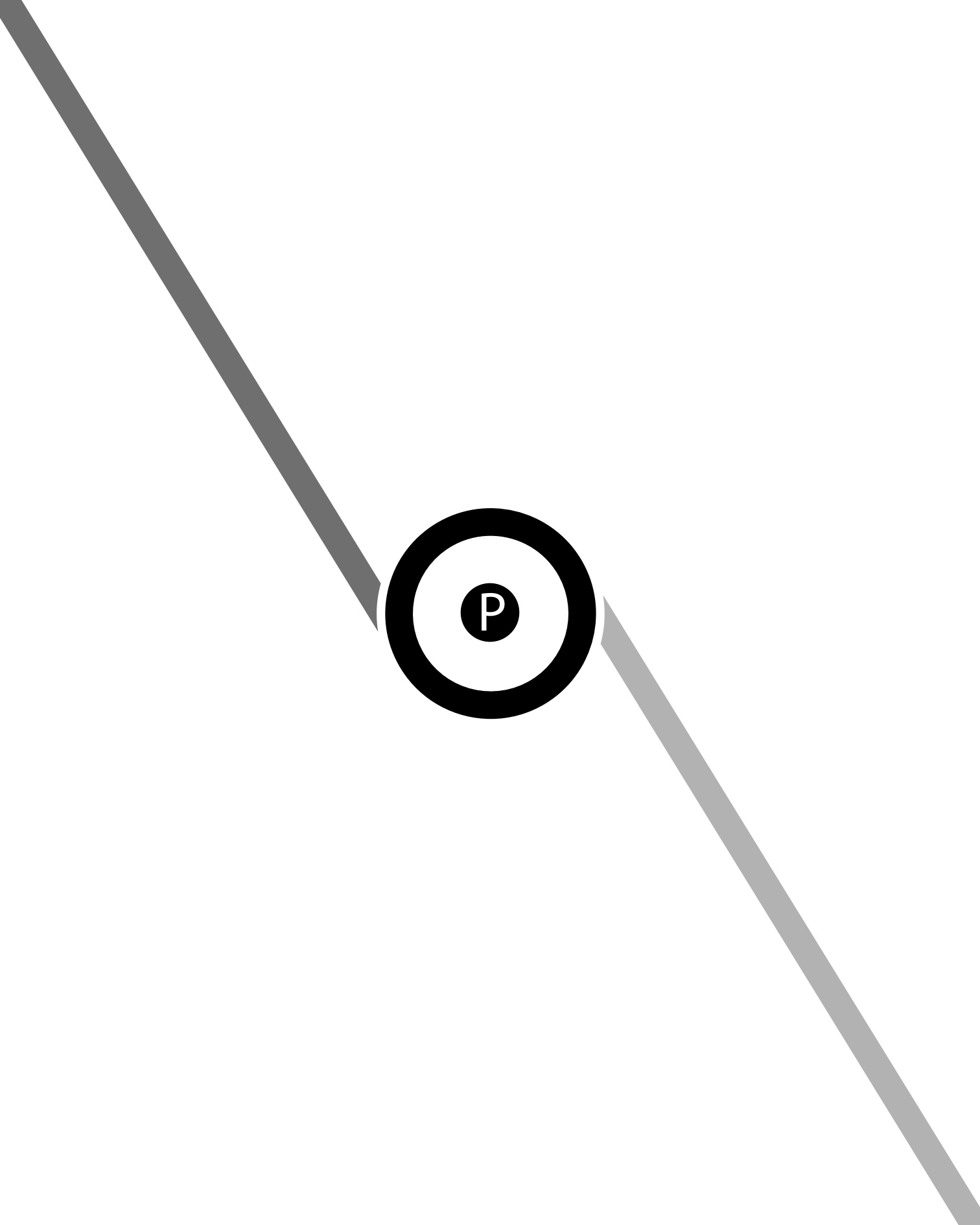
Guillermo Alvarado García (Irapuato, 1999). Estudiante de Artes visuales en la FAD UNAM. Fue tallerista de dibujo en la FELIJ 2021. Colaboró con 40 dibujos en el poemario *La Lotería* de Alfredo García.

f GuillermoArcig.Art








Roberto García. Aile esquina Coyamel





Literatura y Fomento
a la Lectura UNAM



 @Puntodepartidaunam
 @P_departidaunam
 @puntodepartida_unam

www.puntodepartida.unam.mx